

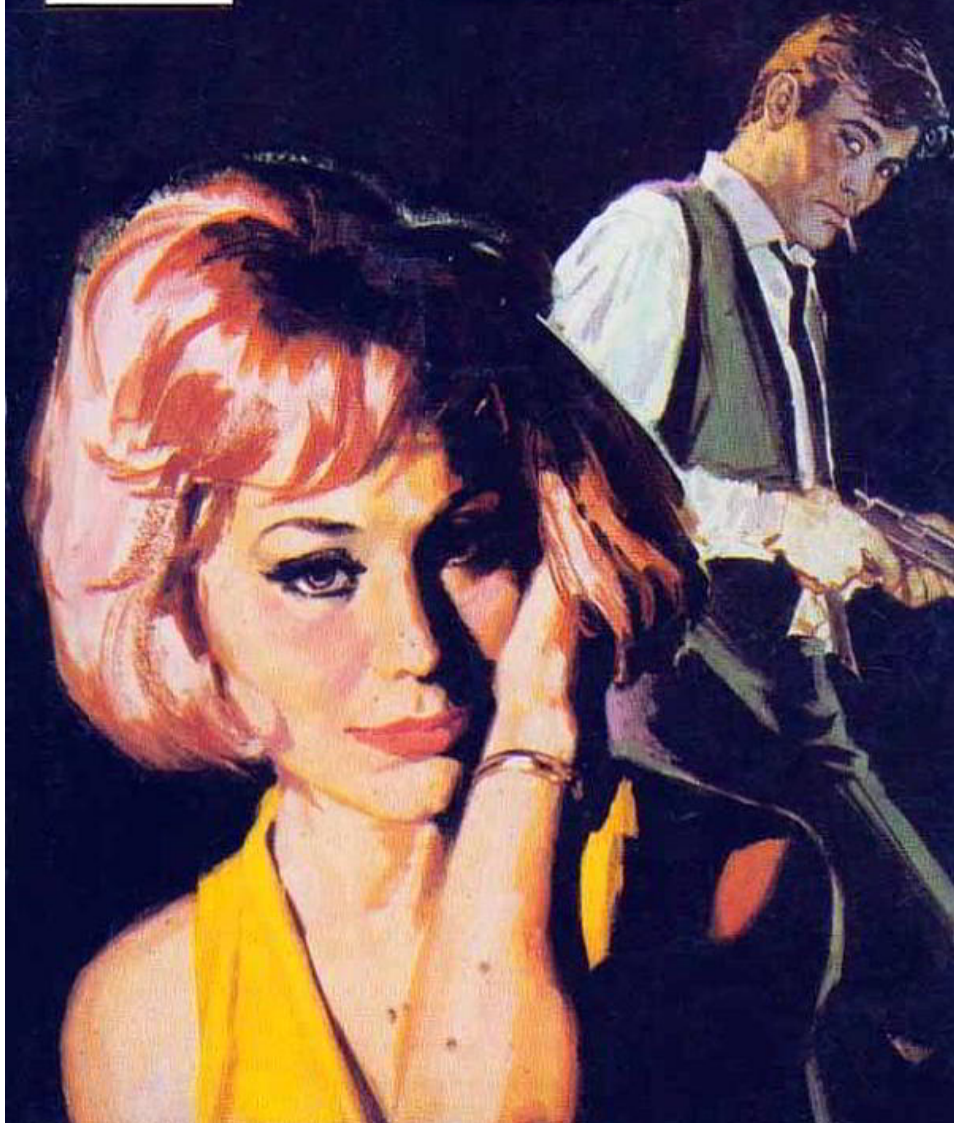
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

DESPEDIDA
DE SANGRE

*Burton
Hare*



Una luz gris, color de vómito, entraba por la ventana cuando Dan Farrell abrió los ojos. Al instante un cuchillo al rojo barrenó sus sienes. El dolor fue tan agudo que le arrancó un quejido. Intentó adivinar qué hora sería, pero no encontró fuerzas suficientes para echar un vistazo al reloj de pulsera.

Había pesadas sombras bajo sus ojos y un apagado brillo mortecino en sus oscuras pupilas. Volvió a quejarse en voz alta y trató de dar la vuelta en la cama.

Así descubrió a la mujer tendida a su lado. La sábana se había deslizado al suelo y la contempló en su absoluta desnudez.



Burton Hare

Despedida de sangre

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1667

ePub r1.0

Lds 22.02.19

Título original: *Despedida de sangre*

Burton Hare, 1982

Ilustraciones: Sommer

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Una luz gris, color de vómito, entraba por la ventana cuando Dan Farrell abrió los ojos. Al instante un cuchillo al rojo barrenó sus sienes. El dolor fue tan agudo que le arrancó un quejido. Intentó adivinar qué hora sería, pero no encontró fuerzas suficientes para echar un vistazo al reloj de pulsera.

Había pesadas sombras bajo sus ojos y un apagado brillo mortecino en sus oscuras pupilas. Volvió a quejarse en voz alta y trató de dar la vuelta en la cama.

Así descubrió a la mujer tendida a su lado. La sábana se había deslizado al suelo y la contempló en su absoluta desnudez.

Pensó que no era ni bonita ni fea. Era sólo una mujer de la que no recordaba nada. Estuvo mirándola un buen rato, perplejo. Decididamente no despertaba en él ninguna clase de sentimiento.

Volvió a cerrar los ojos. Un minuto después ella se movió y Farrell dijo con voz estropajosa:

—Sería una gran cosa que tuvieras café a mano.

La muchacha dio la vuelta y le miró. En el primer instante pareció sorprendida. Luego sonrió.

—Desperté antes —dijo—. Dormías como un tronco. Tenía una voz un poco ronca, pero no desagradable.

Dan Farrell se movió perezosamente. Quedó de cara al techo y sólo entonces ella pareció caer en la cuenta de que estaba desnuda y al descubierto. Se echó a reír.

Dijo:

—Bueno, tú estás igual, así que...

—¿Tienes café? ¿O algo de beber?

—¿De qué demonios estás hablando? Esto es un hotelucho de la calle Grant, no el Hilton.

Él pensó sobre eso.

—¿Cómo vinimos a parar aquí?

—No lo sé. Estabas tan borracho que no podías tenerte en pie, así que entramos y ésa es toda la historia.

Todo estaba confuso en su mente. Todo menos una cosa.

—El condenado hijo de puta —gruñó entre dientes. La chica dio un respingo.

—¿Quién?

—El viejo.

—No entiendo una maldita cosa.

El sacudió la cabeza. El doloroso latido en las sienes era cada vez más agudo.

—Supongo que habrá ducha en alguna parte en esta pocilga...

—Seguro —dijo ella—. Me duché antes de dormirme, después de que te quedaras igual que muerto.

—No recuerdo nada. ¿Qué pasó, hicimos el amor o qué?

—Ésa es una manera tan buena como cualquier otra de decir lo que «hiciste». Estuve a punto de echar a correr...

—¿Por qué?

—Estabas desesperado, como loco. Nunca antes... Quiero decir que no había tropezado nunca con un tipo como tú. Me asustaste al principio.

—Ya veo...

Ella suspiró y añadió:

—Valió la pena de todos modos. Fue algo casi irracional, pero me sentí morir a chorros entre sus brazos.

—Eso no deja de ser una frase idiota. Otros murieron y no en sentido figurado...

—¿Qué?

Él se incorporó con gestos torpes. La cabeza pareció querer saltarle de los hombros. Cada vez se sentía peor.

—Voy a ducharme, quizá después recuerde todo eso, y también dónde te encontré, y quién eres, porque la verdad es que estoy en blanco.

—¿De veras no recuerdas nada?

El sacudió la dolorida cabeza. Puso los pies en el suelo. Hacía un calor infernal y ni siquiera las baldosas estaban frescas.

La muchacha rezongó:

—Bebiste demasiado. Hubo un momento en que pensé que ibas a reventar, y que era eso lo que andabas buscando.

—Eres más inteligente de lo que imaginaba...

Atravesó la destartalada habitación rumbo a una puerta entornada. Entró. Era un cuarto de baño no muy limpio, había una toalla húmeda en el suelo y la apartó de un puntapié. Oyó a la muchacha decir algo, pero no la entendió.

Estaba duchándose cuando ella asomó por la puerta, mirándole con ojos brillantes.

—¿Cómo te llamas? —indagó—. Anoche no parecías recordarlo.

—Dan...

—Eres un tipazo, Dan. ¿Quieres que nos acostemos otra vez después de la ducha?

—Me siento fatal. ¿Quieres tú?

Ella asintió, riendo. No dejó de mirarle cuando salió de la ducha y empezó a frotarse con otra toalla seca.

—Tienes un par de cicatrices impresionantes —dijo de pronto—. ¿Te operaron?

—Más bien fue algo... traumático. Y deja de hacer preguntas, ¿quieres?

—Bueno.

Le quitó la toalla y se empeñó en secarle ella.

Farrell aprovechó para examinarla con más atención. Era alta y delgada. Tenía unos pechos pequeños y breves, pero erguidos, con los pezones duros y oscuros. Sus caderas quizá resultasen demasiado lisas, pero las piernas eran largas y hermosas, y toda su piel era tersa y suave.

—¿Dónde nos conocimos? —preguntó de pronto. Ella se detuvo momentáneamente.

—¿Tampoco lo recuerdas?

—Nada.

—En el club de Maggy. Estabas bebiendo en un rincón, solo, y pensé que sería una gran cosa llevarte a la cama.

—Ya entiendo.

Ella dejó caer la toalla al suelo y apretó su cuerpo desnudo contra él. La piel húmeda de Farrell se estremeció con el contacto.

—¿Quieres? —Gruñó.

—Antes deja que me duche yo también —susurró la chica.

El asintió y salió del cuarto de baño. Dio un vistazo en torno y así descubrió la botella calda en el suelo, junto a la mesilla de noche. Esperanzado, la levantó comprobando que estaba vacía.

Gruñó, dejándola encima de la mesilla. Sentóse en el borde del lecho y por primera vez dejó que su mente volviera al tema que había rehuido. No era agradable. Sintió un ramalazo de cólera y maldijo en voz baja, una y otra vez, casi con método, como si rezara.

La luz se había amortiguado. Estaba anocheciendo y eso hacía que todo fuera aún más confuso, porque sin ninguna duda era de noche cuando entraron en ese cuchitril...

Vio que la chica había cerrado la puerta del baño. Era algo incongruente, pero lo dejó correr.

Se dejó caer hacia atrás, de cara al techo, tratando de olvidarse del dolor de cabeza.

Entonces se abrió la puerta sin un ruido y el hombre con la pistola entró y cerró a sus espaldas.

Dan Farrell se lo quedó mirando estupefacto. El hombre de la pistola hizo una mueca.

—¿Farrell? —preguntó—. Tú eres Dan Farrell.

—¿Y qué?

Se sentó en la cama.

El hombre movió la pistola.

—No te muevas.

Farrell examinó el silenciador que prolongaba el cañón del arma. Arrugó el ceño.

—¿De qué se trata? Porque si es un atraco vas listo, hermano.

—¿Tú qué crees? Farrell asintió.

—Claro, un atracador no se habría preocupado de averiguar mi nombre.

—Así que ya sabes...

—Alguna vez tenía que ser.

—Me dijeron que eras un tipo muy duro de pelar. Y te encuentro desnudo como un gusano, sin un mal petardo a mano, con una resaca de mierda y tan indefenso como un niño. Alguien se equivocó.

—Mejor para ti.

—Claro. Lo hubiera hecho de cualquier modo, pero así resulta

todo más fácil. —Enseñó los dientes en una mueca y añadió, casi amablemente—: Adiós, Farrell.

La puerta del baño chirrió un poco al abrirse. El hombre dio un respingo, volviéndose con una expresión de alarma en la cara.

Dan Farrell atrapó la vacía botella de *whisky* y con el mismo movimiento la arrojó contra el hombre de la pistola. Gritó algo a la muchacha para que volviera a meterse en el baño y luego saltó.

La botella golpeó la cara del intruso y éste trastabilló. Soltó un gruñido. La sangre empezó a deslizarse de su frente rota.

Farrell llegó hasta él y atrapó la mano armada, intentando retorcerla. No habló, no parecía respirar siquiera, convertida en una masa de músculos luchando por vivir.

El asesino comprendió demasiado tarde su error al confiarse. Lo comprendió todavía más cuando un golpe en el costado le hizo el efecto de que le hundían un cuchillo en el hígado, pero no gritó. Él también sabía que peleaba por seguir viviendo.

Farrell le hundió la rodilla entre las piernas con todo su ímpetu. Esta vez, el hombre de la pistola dejó escapar un angustioso gruñido. No advirtió que Farrell estaba doblándole la mano armada con una determinación implacable. El dolor del rodillazo era todo lo que inundaba su cerebro.

La pistola se apoyó contra su costado. Farrell respiraba casi con suavidad, apenas alterado. Deslizó el dedo paulatinamente hacia el otro dedo que cubría el gatillo.

—Adiós —dijo en voz baja.

La pistola apenas hizo un leve ruido de chapoteo cuando se disparó.

El hombre dejó de luchar. Se envaró, rígido, con una mirada de angustia y dolor en sus ojos.

Farrell le arrebató la pistola y dio un salto atrás. La pistola tosió otra vez. La bala tiró al hombre contra la pared y allí se deslizó al suelo, aún rígido, como si se resistiera a admitir que ya estaba muerto.

Dan Farrell se volvió. La muchacha le miraba desde la puerta del baño con ojos agrandados por el terror.

El arrojó la pistola sobre la cama. Dijo entre dientes:

—No empieces a chillar o te cerraré la boca de un golpe.

—¡Pero él... él...!

—Vino a matarme. Después te habría matado a ti porque no podía dejar testigos detrás, así que no vayas a llorar por su fallecimiento. Sólo vístete, y aprisa.

—Tú... tú...

—¿Qué?

—Le has matado...

—Ése es todo un descubrimiento.

—Quiero decir...

Se apartó del marco de la puerta, como si flotara, con aquella mirada desorbitada en sus ojos.

—Vístete —dijo él.

Le dio ejemplo atrapando sus ropas y empezando a vestirse con gestos precisos.

Ella encontró los sujetadores y se los puso como en trance, evitando mirar el cadáver sentado en el suelo, desangrándose con la espalda apoyada en la pared, muy tieso.

De pronto volvió a recobrar la voz y susurró:

—Lo has hecho como si... como si sólo matases un perro.

—Yo no insultaría nunca a los perros comparándolos con esta basura.

—¡Maldito seas! —chilló la mujer de pronto—. ¡No eres siquiera humano... no eres...! El volteó la mano y la abofeteó. La chica dejó de gritar y las lágrimas aparecieron en sus ojos.

No volvió a abrir la boca. Ahogando los sollozos, acabó de vestirse y por un instante quedó mirando a Farrell con ojos llenos de miedo y de ira.

—¡Eres una mala bestia! —barbotó.

Giró sobre los pies y echó a correr hacia la puerta. Farrell gruñó:

—¡Párate ahí!

Ella se volvió, ya junto a la puerta. Él dijo:

—Si estás pensando en llamar a los polis, o en dar la alarma en el hotel, más vale que cambies de idea. Tú estás tan metida en esto como yo.

Ella boqueó. No pudo pronunciar ni una palabra. Abrió la puerta y salió.

Fuera, sonó un ruido apagado, ominoso. La muchacha saltó hacia atrás, golpeó la puerta con su espalda y luego cayó dentro del cuarto.

Farrell se zambulló hacia la cama y atrapó la pistola del asesino. Se volvió, esta vez realmente enfurecido.

Vio las manos de la chica arañando la gastada alfombra. Vio cómo sus largas uñas rojas se rompían, antes de que sus dedos quedaran quietos para siempre.

Un tipo con una pistola asomó el arma y la cara por el portal. Perdió un segundo mirando a la mujer que acababa de matar por equivocación, y ese segundo fue definitivo.

Farrell disparó desde la cadera. La primera bala hizo trizas la nariz del hombre, que giró como una peonza. Otra bala le entró por la nuca y le empujó hacia el otro lado del pasillo.

Farrell atravesó el cuarto y dio un vistazo al pasillo.

Estaba desierto, a excepción del nuevo cadáver. No había más asesinos al acecho. Volvió atrás y se quedó mirando el cadáver de la mujer.

—Lo siento —gruñó—. De veras... tú no tenías por qué haber muerto.

La levantó en brazos, depositándola en la cama. Luego volvió a salir y arrastró el segundo asesino frustrado al interior de la habitación, cerrando la puerta.

En un instante hubo registrado las ropas de los dos. Encontró algún dinero, tabaco y un par de mecheros de gas. Eso era todo. Ni llaves de coche, ni de vivienda alguna.

—Buenos profesionales —refunfuñó. Luego hizo una mueca dedicada a los muertos y añadió de mal talante—: Pero no lo bastante buenos.

Miró en torno, asegurándose de que no olvidaba nada. Limpió la pistola con todo cuidado y al fin salió del cuarto.

No encontró ninguna dificultad en abandonar el hotelucho. El vejete que había en la destartalada recepción mostró interés únicamente en el dinero que Farrell pagó, así que éste pudo salir a la calle, oscura y ruidosa y donde se quedó quieto, la espalda apretada contra la pared, a un lado de la salida.

Pensó que ni siquiera sabía el nombre de la muchacha que había muerto inútilmente. Una muerte estúpida. Realmente, nunca pensó que la muerte seguiría golpeando a quien no debía justamente cuando ya no había razón para ello.

Sin duda era una especie de despedida.

Una despedida de sangre.

CAPÍTULO II

Farrell permaneció quieto mucho tiempo, pegado a la pared. La calle estaba llena de gente que iba y venía sin prisas. El calor era agobiante, húmedo. Una ligera neblina flotaba procedente de la bahía y creaba halos confusos en torno a los faroles.

Farrell oía el runruneo de las voces y el chirrido de los neumáticos de los coches, mientras sus ojos escrutaban los alrededores. Pensaba que los dos asesinos no podían haber llegado a pie.

Y ninguno tenía llaves de coche.

Al fin vio la brasa de un cigarrillo dentro de un largo Sedán negro aparcado al otro lado de la calle. No distinguió al ocupante del coche, pero no era necesario para saber qué era lo que aguardaba.

Echó a andar hasta la esquina, atravesó la atestada calle y volvió atrás. Pasó junto al coche y echó un vistazo. Un tipo delgado fumaba sentado ante el volante, con la cara vuelta hacia el otro lado, mirando la entrada del hotel.

Farrell encendió un cigarrillo cuando hubo rebasado el auto. Aspiró el humo hasta el fondo de los pulmones. Había algo muy raro en todo aquello, pensó. Las gentes que deseaban su pellejo no podían ser tan torpes.

Regresó despacio sobre sus pasos, se detuvo, y de un tirón abrió la portezuela del coche. El hombre que fumaba dio un respingo y su mano derecha voló hacia la axila.

Farrell disparó la izquierda. Los dedos sostenían el cigarrillo casi con descuido, pero eso era una impresión engañosa.

La brasa del pitillo se hundió en el párpado derecho del pistolero y éste olvidó la pistola que llevaba bajo la chaqueta. Lanzó un

aullido y trató de cubrirse la cara con las manos crispadas.

Farrell le golpeó en el cuello. Un golpe corto, medido. No le rompió las vértebras cervicales de milagro, pero el hombre cayó a un lado y ya no se movió más.

Farrell le empujó y ocupó su puesto ante el volante. Apartó el coche de la acera y se alejó. Nadie se había dado cuenta de nada.

Diez minutos después detuvo el coche bajo un paso elevado, próximo a los muelles. Inclínándose, le quitó la pistola al hombre que continuaba inconsciente. Encendió otro cigarrillo y esperó.

La sombra de la autopista les sumía en tinieblas. Dan oía el paso veloz de los coches, y, de vez en cuando, el cercano y ronco lamento de alguna sirena, en la bahía.

El hombre tardó casi diez minutos más en dar señales de vida. Dan Farrell dijo:

—Si te sientes héroe habré de matarte.

—¿Qué, qué...?

—Tus compinches ya están tiesos. Sólo quedas tú, y yo quiero saber algunas cosas.

Soy Dan Farrell.

El hombre contuvo el aliento. Le oyó jadear a su lado, pero apenas si podía ver su oscura silueta.

—Tengo tu pistola, y como las otras lleva un excelente silenciador. Créeme, yo entiendo un rato de eso, de manera que no habrá ningún ruido cuando te convierta en una criba.

Por primera vez, el hombre pareció recobrar la voz.

—¿Qué ganará usted con matarme?

—Quizá sentirme en paz conmigo mismo. Uno de tus compinches ha asesinado a una chica que no tenía nada que ver con este negocio. Eso me ha puesto de mal humor.

—Está loco...

—Tal vez. Eso es algo que yo he pensado a menudo también, pero, compadre, loco o cuerdo no significa ninguna ventaja para ti, más bien todo lo contrario. Vayamos a lo que interesa... ¿quién demonios desató esta cacería?

—No sé de qué habla.

La pistola en la mano de Farrell pareció cobrar vida propia. Volteó en la oscuridad y acabó aplastándose contra la cara del rufián.

—No repetiré ni una sola de mis preguntas —le advirtió Farrell.

El hombre dejó de quejarse. Buscó un pañuelo y empezó a restregarse la sangre de su rota nariz.

—Estoy esperando —le recordó Farrell casi amablemente.

—¡Muérase!

Continuaba restregándose la sangre y acariciándose el párpado quemado. Le dolía como el infierno y no sabía aún si iba a perder el ojo o no.

Farrell dijo:

—Sabíais mi nombre. ¿Sabes también quién soy, o lo que fui?

—¡Maldito si me importa quién sea usted!

—Otro error. Cuando se busca a un tipo para liquidarlo hay que saberlo todo de él, desde el número de sus zapatos hasta la marca de tabaco que fuma. Antes te hice una pregunta y sigo esperando una respuesta.

—Por mí seguirá esperando hasta que se muera —rechinó el hombre con voz torva. Farrell no dijo nada. Bajó el cañón de la pistola y apretó el gatillo.

El hombre dio un grito y un salto. El alarido angustioso, chirriante, hirió los tímpanos de Farrell.

—No sé dónde te he dado —comentó—, pero de cualquier modo no vas a morirte aún.

El pistolero había caído de espaldas contra la portezuela del otro lado. Se quedó allí, sintiendo el terrible dolor del balazo en el muslo, jadeando, notando cómo el mundo se desvanecía a su alrededor.

Dan Farrell esperó. No parecía tener ninguna prisa. Tampoco parecía importarle en absoluto lo que sucediera con el hombre que gimoteaba a su lado. En realidad parecía no importarle nada de nada, y esa indiferencia era otro de los factores que aterraban a su víctima.

Pasaron los minutos. Una sirena aulló, lejos, semejante a la queja de un monstruo. Sobre sus cabezas los coches seguían zumbando en la autopista elevada. Dentro del coche sólo se escuchaba el angustioso jadear del pistolero herido. Farrell sabía que sólo tenía que esperar.

—Fue Barron quien nos metió en esto —masculló al fin el herido.

—¿Quién es Barron?

—Sid Barron.

—Sigo igual.

El hombre lloriqueó casi medio minuto, estremecido de dolor y de pánico.

—Me matará —susurró—. Me matará cuando sepa que he hablado.

—Y yo te mataré si no hablas, así que lo tienes fatal desde cualquier ángulo que lo mires. Únicamente que yo estoy aquí, con una pistola, y ese Barron no. Elige.

Ese razonamiento no admitía réplica. El pistolero se decidió.

—Barron tiene negocios —dijo en un murmullo—. Es gente importante. Hace contactos, da órdenes y paga. Es gente importante —repitió, estremeciéndose.

—¿Él ordenó que me dieseis el pasaporte?

—Sí... Johnston estuvo siguiéndole, anoche... luego le perdió. Nos costó mucho localizarle de nuevo.

—Johnston, ¿era uno de los otros dos inútiles?

—Sí.

—¿Cómo te llamas tú?

—Newell.

—¿Y el tercero?

—Cogan... Se llamaba Cogan. Farrell gruñó:

—Vaya ejemplares para un circo... ¿Dónde puedo encontrar a Barron?

—Tiene una oficina en Lawrence Drive.

—¿Estará allí a estas horas?

—No lo sé. Tal vez sí...

—¿Puedes conducir?

—¡Maldito sea! —estalló el hombre—. ¿Cómo puedo conducir con una bala en la pierna y un ojo quemado?

—Habrás de espabilarte.

Farrell bajó del coche, con la pistola en la mano. Rodeó el largo capó y abrió la puerta de la derecha.

—Agárrate al volante y trata de hacerlo bien. Aún no he abandonado la idea de volarte la cabeza.

Gimoteando sin cesar, el pistolero se deslizó por el asiento. Farrell se instaló a su lado y poco después el auto se puso en

movimiento.

Eran casi las nueve de la noche.

* * *

—¿Es aquí?

La voz de Farrell semejó el chirrido de una sirena. El largo silenciador hurgó el costado del herido.

—Sí... esa puerta de madera.

Eran las nueve y media y Lawrence Drive aparecía desierta y silenciosa en todo lo que alcanzaba la vista.

Farrell dio un vistazo a la casa. Tenía dos plantas, y no había luz en ninguna ventana.

Había una licorería cerrada a la derecha, y otra tienda, también cerrada, al otro lado.

—¿Qué hay detrás de esa puerta?

—Un zaguán, y después unas escaleras. La oficina está abajo, en la parte de atrás.

—¿Crees que Barron estará allí?

—Puede. Oiga, necesito un médico. Ya le he traído hasta aquí... no puedo hacer nada más y Barron...

—Cuando yo acabe con él no habrás de preocuparte por lo que pueda hacer. ¿Cuánta gente suele haber en la casa, además de ese hombre importante?

—No sé, quizá su socio, Lorens. No sé —repitió, temblando.

Farrell siguió quieto, deslizando la mirada por la silenciosa calle. Había coches aparcados aquí y allá. Coches caros, brillantes de cromados. Señaló un Jaguar gris, de dos puertas, estacionado delante de la casa.

—¿Es de Barron ese coche? —preguntó, señalándolo.

—No creo. Él tiene un Caddy.

—Bueno. Eres un tipo con suerte, Newell.

—Sí, suerte...

—Podrías estar muerto.

Dan Farrell se apeó, cerró la portezuela y dijo:

—Lárgate de aquí al infierno. Si tratas de intervenir te mataré. ¿Comprendido? Newell ni siquiera respondió. Puso el coche en marcha y salió zumbando.

Farrell se acercó a la casa. Pensaba en la manera de entrar. Se encogió de hombros. Tanto daba una cosa como otra, de modo que alargó la mano hacia el llamador.

Entonces se abrió la puerta y apareció la mujer. Lloraba y no veía nada a su alrededor, así que materialmente fue a caer en los brazos de Farrell y ambos trastabillaron.

El gruñó:

—Un poco más y me tira de espaldas. ¿Quién es usted?

Ella dejó escapar un pequeño grito. La puerta estaba cerrándose, empujada por un mecanismo automático. Farrell se desprendió de la aturdida dama y sujetó la puerta manteniéndola abierta.

Sólo entonces ella le miró a la cara. Estaba muy oscuro y él sólo vio el brillo de sus ojos inundados de lágrimas.

—¿Ha sido Barron quien la ha echado a puntapiés?

—El no... no me ha echado... Usted no sabe...

Estaba confusa. No atinaba a hacer otra cosa que retorcerse las manos.

Farrell empujó la puerta hasta que el muelle se distendió del todo, quedando abierta de par en par. Entonces se acercó de nuevo a la mujer.

—¿Es usted amiga de Barron?

—¿De ese miserable? ¡No!

—Ya somos dos. ¿Está él dentro?

—En las oficina...

—Bueno.

Por primera vez, ella descubrió el opaco brillo de la pistola en la mano de Farrell.

Contuvo el aliento.

—¿Qué se propone hacer? —balbució.

—Voy a tener una charla con el señor Barron.

—¿Con esa pistola?

—Es un argumento, sólo eso.

—Creo... creo que volveré dentro. Ahora no... no se atreverá a abofetearme.

—¿Es eso lo que hizo?

—Sí, cuando le insulté.

—Después hablaremos de eso. Ahora, sólo guíeme hasta esa oficina.

—Sí, sí, lo haré. ¿Quién es usted?

—Nadie recomendable.

Entraron en la oscuridad. El sintió los dedos de la mujer enroscarse en su mano para guiarle en las tinieblas.

Poco después descubrió la línea de luz que escapaba por debajo de una puerta cerrada.

CAPÍTULO III

Sid Barron era un hombre alto, ancho, grande. Tenía una cabeza casi pelada y unos ojos diminutos y crueles, protegidos por unas cejas como cepillos.

Esas cejas saltaron hacia arriba de la frente cuando se abrió la puerta y vio a la pareja.

—¿Qué demonios...?

Su voz se cortó al descubrir la pistola equipada con silenciador que Farrell sostenía como con descuido.

—Tenía grandes deseos de conocerte, Barron —dijo Dan, cerrando la puerta con el pie. La muchacha se apartó a un lado. Sus ojos eran dos pozos de ira.

Sólo entonces Farrell pudo verla con detalle y contuvo el aliento. Era tan hermosa que daba vértigo, aunque ya no fuera en absoluto una muchacha como él supusiera. Rondaría los treinta quizá.

Barron barbotó:

—¿Se ha buscado un guardaespaldas, señora Haines? Eso no va a servirle más que para empeorar las cosas.

Farrell enseñó los dientes en una mueca de lobo.

—Para ti ya no pueden estar peor, Barron.

Éste pareció ignorarle. Seguía mirando a la mujer asustada y le espetó:

—Vamos, cuénteme cuál es su gran idea al traer a este tipo.

—No... no le conozco siquiera —balbuceó ella—. Estaba fuera, en la puerta.

—Créela, Barron. Nunca la había visto antes de esta noche. Tengo entendido que la golpeaste o algo así.

—¿Qué tiene usted que ver en este negocio?

—En éste, nada. Yo vine por otro en el que si tengo intereses.

¡Ya lo creo que me interesa!

—Maldito si sé de qué está hablando.

—Todo se aclarará. Primero hablemos de esa dama. Barron estaba perplejo. Sus ojos de reptil se clavaron en la mujer y barbotó:

—¿Le ha contado...? Pero no, no hubo tiempo, usted acababa de salir...

—Vas a contármelo ahora, Barron. Todo el negocio.

—¡Váyase al infierno!

Farrell volvió a sonreír de aquella manera que daba grima. Sin mirar a la mujer preguntó:

—¿Cree que podrá soportar ver a ese tipejo hecho tiras, señora?

—Me gustaría poder hacerlo yo misma. Lo soportaré —dijo rechinando los dientes.

—Ya lo oíste, Barron. Ella no alberga hacia ti mejores sentimientos que yo.

—¡Maldito sea! No sé quién demonios es usted, pero esto va a costarle caro...

Alargó bruscamente la mano hacia el teléfono. La pistola se encabritó de pronto. La mano nunca llegó al aparato porque estalló en un chorro de sangre y huesos desmenuzados bajo el impacto del proyectil.

Barron chilló como una rata, encorvado, mirándose la destrozada mano como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

Detrás de Farrell, la mujer emitió un agudo jadeo. Eso fue todo.

—Tranquilo, Barron —aconsejó Farrell—. Eso es sólo el principio. ¿Qué clase de negocio tenías con la señora Haines?

Fue ella quien dijo rechinando los dientes:

—Un negocio de cien mil dólares. Chantaje, eso era.

—Ya veo. ¿Tiene usted ese dinero?

—Por supuesto, pero no quería someterme...

—Buena chica.

—Pagará —rechinó Barron—. ¡Malditos sean! Y ahora le costará mucho más.

Farrell avanzó un paso hasta colocarse junto a la mesa. Sus ojos fríos, vados de expresión, se clavaron en la redonda cara de Barron.

—Creo que es hora de que nos conozcamos, Barron —dijo con voz calmosa—. Tus pistoleros fallaron. Soy Dan Farrell.

—¿Y qué? No sé...

Su voz se cortó en seco y el hombre se quedó mirándole, la boca abierta como un pez fuera del agua, jadeando y casi olvidado del dolor atroz de su mano destrozada.

—¡Farrell! —dijo en un susurro.

—Ajá. Vine para saber por qué enviaste gente a por mi pellejo. Ahora creo que ni siquiera tú sabes por qué. Te pagaron... aunque no entiendo la razón de que recurrieran a un inepto como tú. Ellos disponen de gente experta. Casi tanto como yo mismo.

—¿Dónde están Cogan y los otros?

—Muertos.

Su cara se contrajo. Adquirió un color terroso. El chorro de sangre que saltaba de su mano le empapaba los pantalones, sentado allí como un gran Buda petrificado.

Farrell dijo:

—Abarcas todos los campos, por lo que entiendo. Chantaje, asesinatos a sueldo y quién sabe qué otros negocios. Sólo que esta noche se te han acabado todos. Estás en quiebra, en bancarrota, Barron, porque es como si ya estuvieras muerto.

Detrás de él, la mujer susurró:

—¿Quién es usted, Farrell?

—El verdugo. ¿Qué es lo que él tiene contra usted?

—Es una larga historia.

—Ahora no hay tiempo para largas historias. Concrete. ¿Qué es, fotos, cartas, qué?

—Que se lo diga él.

—¡Se lo pregunto a usted! Barron gruñó:

—Una fotografía. ¡Una sola y maldita fotografía! Pero es suficiente para acabar con esta mujer.

—¿Es cierto eso, señora?

La mujer asintió. Por el rabillo del ojo, Farrell pudo ver que estaba lívida. Continuaba retorciéndose las manos en un inconsciente gesto de angustia.

—Bueno, entonces lo mejor será que Barron se la entregue —comentó con ironía.

¿Oíste, hijo de perra?

Barron hizo una mueca. Intentaba sujetarse la mano destrozada contra el estómago, pero a juzgar por su expresión no debía tener mucho éxito.

—Nunca será esa foto si no paga —barbotó—. Y ahora serán ciento cincuenta mil dólares.

—Me parece que no has entendido nada, desgraciado. Tú no verás el amanecer de mañana, Barron. Únicamente queda por decidir cómo te mataré, y créeme si te digo que conozco algunos sistemas que harían vomitar a un caimán sólo con imaginarlos. De modo que dependerá de ti reventar rápida y limpiamente, o pasar el resto de la noche en una agonía como jamás has podido sospechar.

—Bravatas... ella sería testigo de todo eso...

—Me parece que es lo que está deseando también. Si antes de meterte en este negocio te hubieses tomado la molestia de averiguar quién era yo, o qué había sido, tal vez las cosas fueran ahora distintas. Pero los tipos como tú no tienen nada en la cabeza excepto serrín. Así que veamos esa fotografía y acabemos.

—¡Muérase! Jamás la verán si no paga ciento cincuenta mil dólares.

—Bueno.

Como con descuido, Farrell volteó el brazo y la pistola retumbó contra la pelada cabeza de Barron. Éste dio un grito y cayó de cara encima de la mesa, inconsciente.

Farrell gruñó:

—Si no quiere presenciar el espectáculo, señora, mejor que salga a la calle y espere en el coche. Eso va a ser algo muy sucio.

—¿Qué piensa hacer?

—No le gustaría saberlo.

—Pero usted... usted...

—No tartamudee. Soy una especie de perro rabioso, pero no crea que hago todo esto por altruismo hacia usted. He venido aquí a matar a ese sapo, así que ése es el final que le espera, tanto si suelta su fotografía como si no. ¿Lo ha comprendido?

La mujer asintió, mirándole como hipnotizada.

—Estaré fuera, en el coche —balbuceó—. Es un auto gris, un Jaguar...

—Ya lo vi al llegar. Quédese allí y no se mueva hasta que me reúna con usted.

—Pero... pero si no consigue la fotografía...

—La conseguiré.

De nuevo ella se quedó paralizada, mirándole igual que un

pájaro fascinado por una serpiente.

Luego, bruscamente, dio media vuelta y salió casi corriendo. Dan Farrell se guardó la pistola y puso manos a la obra.

Una obra nauseabunda y repugnante, pero que en alguna ocasión habían puesto en práctica sobre su propio pellejo. Así que tenía experiencia.

* * *

La señora Haines le vio aparecer en la puerta y casi saltó fuera del auto.

Farrell atravesó la acera, miró arriba y abajo de la calle, y sólo entonces se deslizó dentro del coche. Sus largas piernas tuvieron algunas dificultades para acomodarse en el bajo y estilizado vehículo.

A su lado, la mujer guardó silencio un buen rato. Luego, el gruñó:

—Vamos, salgamos de aquí. Lleve el coche a cualquier parte.

Ella intentó verle el rostro en la oscuridad, pero únicamente pudo captar su perfil sombrío como la muerte.

Condujo con cuidado, alejándose de aquellos alrededores. No fue hasta mucho más tarde que ella susurró:

—¿Le ha... matado?

—Sí y no. Reventó mucho antes de lo que yo había imaginado. Era un tipo muy flojo. Demasiada grasa.

—¿Y...?

—Conseguí su foto. No entiendo nada.

—Ya le dije que era una larga historia.

—Ahora tenemos tiempo. Cuénteme.

—No... no quiero hablar de eso, y menos ahora. ¿Por qué perseguía usted a Barron?

—Le contrataron, buscó asesinos a sueldo y los mandó contra mí. Torpes, estúpidos e ineptos. Bueno, yo quería saber quién estaba detrás de ese contrato. Barron no lo sabía. Eso fue muy malo para él.

La mujer se estremeció. Ninguno de los dos dijo una palabra durante un buen rato.

El coche enfiló una retorcida calle colina arriba. El aire quieto

de la noche les inundó con el perfume de los arriates de flores que bordeaban la calle. Las luces eran escasas y no se veía a nadie por ningún lado.

De pronto, Farrell indagó:

—¿Adónde vamos?

—A casa.

—Comete un error, señora. Párese ahí... en esa esquina.

—No, yo...

—¡Pare!

La voz semejó un ladrido.

Ella detuvo el coche y se volvió a mirarle. Pudo ver ahora sus tensas facciones, la mirada vacía de unos ojos que parecían muertos de mil años. Sintió un ramalazo de pánico. Pero, inexplicablemente, sintió también algo más.

Farrell hundió la mano en un bolsillo y sacó una cartulina.

—Tómela —gruñó—. Maldito si entiendo por qué la imagen de un tipo vale una fortuna para usted. Es sólo la fotografía de un hombre.

—Es mucho más que eso.

—No creo... aunque no tuve tiempo de examinarla con detalle. De cualquier modo, eso es asunto suyo. Adiós, señora, y olvide que nos hemos visto alguna vez.

Él se disponía a abrir la portezuela cuando la mujer arrancó de nuevo cuesta arriba. Farrell barbotó un juramento.

—¿A qué diablos cree que está jugando? —Gruñó.

—Le llevaré a casa.

Él se encogió de hombros, recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Ya no volvió a hablar en todo el resto del trayecto.

CAPÍTULO IV

La casa era grande, rodeada de un cuidado jardín. En la oscuridad, Farrell no pudo captar los detalles, pero le pareció uno de esos lugares exclusivos que cuestan un ojo de la cara. No le sedujo precisamente.

La señora Haines abrió una puerta de roble, entraron y al encenderse las luces el hombre paseó la mirada por una colección de grandes pinturas colgadas en los altos muros.

Ella le guió hacia un salón que, en contraste con las enormes dimensiones de todo lo demás, resultaba casi íntimo.

—Hay botellas ahí —le indicó—. Yo volveré en unos minutos.

Farrell quedó solo. Examinó las botellas y al fin acabó decidiéndose por un *whisky* de doce años, al que añadió un poco de hielo.

Encendió un cigarrillo, sentado en una cómoda butaca. El *whisky* era excelente, el silencio, relajante y confortable. Se limitó a esperar.

La mujer regresó poco después. Se había quitado las ropas de calle y ahora llevaba una bata larga hasta los pies, de seda negra con incrustaciones de oro en el cuello y las mangas.

Sin una palabra fue a prepararse una bebida. Luego tomó asiento frente a su extraño invitado.

—Siento como si acabase de despertar de una pesadilla. Su voz sonó baja, lenta, como ausente.

Farrell cabeceó.

—Lo comprendo —dijo—. Ha sido muy duro para una mujer. ¿Ha destruido la foto? Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Aún no...

—Es asunto suyo.

—No puedo hablar de eso con usted.

—Bueno.

Aplastó el cigarrillo en un cenicero de cristal. Bebió el último sorbo de su *whisky*, y levantándose gruñó:

—He de irme, señora Haines.

—No, aún no. Siéntese... por favor.

—¿Para qué? Usted y yo no tenemos nada en común.

—De cualquier modo, siéntese, Farrell. Le prepararé otra bebida. Yo... no quiero quedarme sola aún.

Con un gesto de fastidio, Farrell se dejó caer de nuevo en la butaca. Miró con ojos torvos a la mujer mientras preparaba la bebida. Luego, cuando ella regresó a la butaca, admiró el grácil contoneo de sus firmes caderas.

—Es usted muy bella —comentó—. No es la clase de mujer que suele meterse en líos con cerdos como Barron.

Ella le tendió el vaso y luego fue a sentarse. Sin mirarle, dijo:

—El hombre de la fotografía era mi marido.

Farrell enarcó las cejas. No dijo nada. Sacó otro cigarrillo y tras encenderlo gruñó:

—Estoy fumando demasiado estos últimos tiempos.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre?

—Señora, odio que nadie meta las narices en mis asuntos privados, así que como contrapartida no acostumbro a...

—¡Oh, cálese! Está burlándose de mí.

—Sí.

—Está bien, ¿quiere que le cuente toda la historia?

—No, gracias. Tengo suficientes quebraderos de cabeza para desear otros. Usted dice que el tipo de la foto era su marido. Muy bien. Aunque me parece idiota que por una fotografía así Barron creyera que podía sacarle cien mil dólares.

—Ya me sacó veinte mil a cambio del cliché. Yo no supe entonces que se guardaba una fotografía.

—Está bien, ya no tiene que preocuparse. Y ahora, si no le importa, me iré.

—¡Espere!

—Estamos perdiendo el tiempo, señora. Lo que ha sucedido esta noche es algo que para usted puede resultar traumático si no lo remonta, pero para mí no significa nada. Nada en absoluto. Es más,

cuando salga de aquí trataré de olvidarlo.

—¿No significa nada para usted haber matado a un hombre?

—Antes que ése cayeron otros.

—¿Pretende horrorizarme, Farrell?

—No. Otra mujer quizá se horrorizase, pero usted no, aunque maldito si comprendo por qué. Es usted delicada, bella, sensible, y sin embargo...

—Sin embargo —le interrumpió ella—, usted puede equivocarse. Yo también puedo haberme endurecido lo suficiente para estar aquí, ahora, hablando de muertes violentas sin sentir escalofríos.

—Tal vez.

—¿Qué es usted, Farrell, un asesino profesional?

El enseñó los dientes en una mueca que no llegó a ser siquiera una sonrisa.

—Más o menos —gruñó—. Pero no estoy reclamado en ninguna parte. Por lo menos, aquí.

—Entonces, ¿dónde?

—Olvídelo.

—¿No le importa que yo sepa que ha matado usted a un hombre esta noche?

—Usted no sabe nada de nada, señora Haines.

—Pero si la policía llegara a interrogarme alguna vez, yo podría delatarle.

Esta vez él sí sonrió. Una sonrisa fría que sólo lo fue en sus labios. El resto de su cara siguió pareciendo una máscara sin expresión.

—Apuesto que tanto ellos como usted se llevarían una sorpresa —gruñó—. De cualquier modo, no importa. Aunque dudo que la policía la relacione alguna vez con ese sapo. A menos, claro está, que hubiera algo más entre ustedes que esa fotografía.

—No lo había.

Farrell se encogió de hombros.

—Si es así no tiene nada que temer.

Se levantó. Era una imagen sombría y la mujer captó la extraña sensación que se desprendía de él como un influjo maligno.

—Adiós, señora Haines —rezongó—. Procure olvidar todo esto cuanto antes.

—Mi nombre es Cecily Reels, Farrell. Detesto mi nombre de

casada.

—No me lo cuente a mí.

Hizo un gesto de despedida y se encaminó a la puerta. Tras él, la mujer susurró:

—¡Aguarde!

Farrell se detuvo junto a la puerta. Cecily caminó hasta él y se detuvo a menos de un paso.

—Puede pasar la noche aquí, si quiere —murmuró—. No creo que un hombre como usted tenga un hogar cómodo, y familia esperándole en alguna parte.

—No tengo a nadie.

—Yo tampoco, Farrell.

—Señora, éste es el juego más viejo del mundo, pero créame, no le conviene jugarlo conmigo.

—¿Y si yo deseara precisamente jugarlo con usted y no con ningún otro hombre?

—Diría que está loca de remate.

—Bien, estoy loca. Pero también estoy sola, asustada, y no voy a dejar que se vaya usted esta noche.

Farrell hundió la mirada en aquellos ojos inmensamente abiertos, fijos en él como hipnotizados. Hizo una mueca, alargó las manos y la atrapó como un cepo.

—Usted lo ha querido —gruñó.

Cecily abrió la boca, pero ya no pudo pronunciar una palabra. Unos labios duros, rudos como un golpe, se aplastaron contra su aliento casi ahogándola, quemándola en una suerte de caricia brutal y salvaje que barrió su voluntad hasta dejarla inerte entre los brazos de un hombre como nunca conociera otro.

* * *

Estaban tendidos uno junto al otro, sobre la revuelta cama, como dos luchadores después de un combate.

A su alrededor, en la penumbra del cuarto, el silencio era una masa sólida que les rodeaba como un manto, o una mortaja.

Fue la mujer quien rompió el silencio.

—Dan...

El ladeó la cabeza. Sus ojos se encontraron. No habló,

limitándose a mirarla.

—Siento como si ésta fuera la primera noche de mi vida. Eva debió sentirse igual en el paraíso.

—Estás diciendo tonterías.

—Es bueno decirlas alguna vez.

Farrell no replicó. La ventana estaba abierta y el aire de la noche mecía suavemente las cortinas, luchando con el calor.

De pronto, ella se incorporó sobre un codo y buscó su boca silenciosamente. Un beso largo, que ya no era violento sino lleno de paz y de ternura.

Después susurró:

—En cierto modo, tú y yo somos muy semejantes. No tenemos a nadie, estamos solos...

Se abrazaron, y en silencio fundieron de nuevo sus soledades en un torbellino que no era amor, pero que les unía uno al otro para huir de su íntimo y desolado desierto.

Quizá ya no se sintieran tan solos...

CAPÍTULO V

Dan Farrell salió de la casa por la puerta de la cocina. El jardín posterior terminaba en una balaustrada de piedra rústica, y más allá se extendía una pequeña vaguada llena de matorrales.

Al otro lado se alzaba una casa oscura. Parecía abandonada y algunos postigos estaban medio arrancados y caídos.

Encendió un cigarrillo y fue a sentarse debajo de un gigantesco roble, cuya fresca sombra le acogió librándole del bochorno de ese crepúsculo extraño en que, a pesar de todo lo sucedido, aún no había decidido si era real o no.

De cualquier modo, era, por lo menos, absurdo.

Cecily apareció instantes más tarde. Llevaba unos diminutos *shorts* blancos, que se ceñían golosos a sus caderas y muslos. Sus senos estaban sujetos por un pañuelo de colorines anudado a la espalda.

Dan la miró con ojos entornados.

Era una imagen fresca y juvenil, limpia y atractiva como pocas recordaba haber contemplado jamás.

La mujer sonrió.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—No lo sé. Deberla haberme marchado hace horas.

—Eso lo dijiste antes.

—Pero no lo hice. Debo estar haciéndome viejo.

—No te creo. Yo me siento mucho más joven que antes de conocerte. Farrell sacudió la cabeza.

Hubo de reconocer que se encontraba bien relajado allí, bajo la fresca sombra del roble, envuelto por el silencio del jardín. Era una sensación que ya tenía olvidada. O quizá fuera que nunca antes la había experimentado con esa intensidad.

La mujer acercó una de las sillas de madera barnizada y se derrumbó en ella con un gesto de abandono.

No hablaron durante un buen rato. La luz del día murió poco a poco y sólo quedó el tenue resplandor del crepúsculo.

De pronto, Cecily susurró:

—Cenaremos juntos esta noche.

—¿Dónde?

—Aquí. Prepararé algo yo misma.

—Dime, ¿vives tú sola en este caserón?

—Casi. Viene una mujer todos los días, y otra tres veces a la semana para la limpieza general. Y un jardinero todos los viernes. Pero esta mañana llamé a la asistente y le dije que hoy no viniera. Quería estar sola contigo.

Dan meneó la cabeza. Antes que pudiera replicar, un pedazo de corteza del roble saltó por los aires con un agudo zumbido.

En el primer instante no acertó a comprender lo que ocurría. Después sí, y de un brinco se arrojó sobre la mujer y ambos rodaron por el césped, mientras el zumbido se repetía, aunque esta vez la bala no pegó en el tronco, sino que pasó desviada, perdiéndose. Cecily gritó:

—¿Qué haces, te has vuelto loco?

—¡Quieta! No te levantes, no te muevas siquiera.

El sí se levantó de un brinco. De pronto toda la relajación había desaparecido y volvía a ser una masa de músculos entrenada para luchar hasta la extenuación, hasta la muerte. Corrió agazapado hacia el muro de piedra. Se movía con la agilidad del tigre en la selva, rápido, silencioso y resuelto.

La mujer contuvo el aliento. Le vio brincar por encima de las piedras del muro como si volara y desaparecer al otro lado.

Sólo entonces vio la desgarradura en la corteza del árbol y comprendió. Les habían disparado... habían intentado matarles. O matar a uno de los dos...

Sintió dolor en el corazón al recordar que él no llevaba armas. Todo era una vorágine, una sucesión de imágenes en las que Dan desaparecía en un torbellino de sangre.

Gritó, levantándose, y también corrió hacia el muro. El ya regresaba, sombrío.

—Ha desaparecido. No comprendo desde dónde han disparado

—gruñó al llegar junto a ella.

—¿No viste a nadie?

—No. Deben haber utilizado un rifle con un silenciador muy bueno.

—¿Crees que querían matarme, Dan?

—A ti, o a mí. O a ninguno de los dos, quizá.

—¿Por qué piensas eso?

—Tal vez sólo querían asustarte.

—Pero ¿quién? Barron está muerto.

—Barron tenía un socio —recordó él de pronto—. El tipo que me llevó hasta él lo dijo y apenas le presté atención...

Ella contuvo el aliento.

—¿Tú crees...?

—Quizá el socio de Barron ha decidido utilizar otros medios para sacarte el dinero. Ahora ya no dispone ni de fotografías ni del cliché. Pero de cualquier modo que sea, es muy extraño. No lo entiendo.

—También Barron había enviado asesinos contra ti —le recordó ella—. ¿No podría ser que te hubieran localizado otra vez?

—Lo dudo. ¿A quién pertenece esa casa del otro lado de la hondonada?

—No lo sé. Está medio en ruinas y en venta. Pero hace años que nadie se acerca a ella. ¿No creerás que han podido disparar desde allí?

—No lo sé.

—Está demasiado lejos, Dan. Ni siquiera con un rifle... El rechinó los dientes.

—Eso dependería del tirador. Yo podría matarte desde allí con un buen rifle. Si quisiera matarte, por supuesto —terminó, con una extraña mueca.

¡Pero si hay más de doscientos metros!

—Algo así. Entremos en la casa. Si pudiera recordar el nombre del socio de Barron...

Abandonaron el jardín, y Farrell comprobó que la puerta quedara bien cerrada por dentro. La cocina era espaciosa, bien equipada y limpia.

La mujer murmuró:

—Ahora sí tengo miedo, Dan.

—No te preocupes demasiado. Quizá los tiros eran en mi obsequio, aunque si fue así erraron por mucha distancia. O era un tirador muy malo... o condenadamente bueno.

—No entiendo la mitad de lo que dices. Dan, ¿te quedarás esta noche? El titubeó. Al fin dijo:

—¿Tienes una linterna eléctrica?

—Sí, ahí, en esa alacena.

—Iré a dar un vistazo a esa casa abandonada. Puedes preparar la cena entre tanto. Cuando vuelva decidiré si me quedo o no. Empiezo a cansarme de hacer tantas tonterías.

Cecily le siguió con la mirada cuando él salió. Estaba terriblemente inquieta y aún no había logrado explicarse qué era lo que sentía en realidad por aquel hombre. No podía ser solamente la plenitud sexual que alcanzaba en sus brazos, ni la sensación de absoluta seguridad cuando estaba a su lado. Y, sin embargo, casi estaba segura que tampoco era amor. Apenas le conocía, no sabía nada de él y adivinaba un siniestro pasado detrás de su inquietante presente...

Al otro lado de la hondonada, Dan Farrell rodeó el ruinoso edificio pisando con cautela, sin producir el menor sonido. No había utilizado aún la linterna, y en la oscuridad se movía igual que una sombra.

Al fin se convenció de que no había nadie apostado en la casa. Apartó un postigo que chirriaba al balancearse y saltó al interior.

La linterna relampagueó en las tinieblas. Vio polvo por todas partes, y algunos muebles hechos una ruina. Paseó la luz por el suelo, pero no pudo descubrir una sola huella en el polvo.

Recorrió así dos estancias más, y en la tercera las cosas cambiaron. Allí había pisadas en la gruesa capa de polvo. Pisadas de unos pies calzados con botas rústicas.

Dio un vistazo por la ventana, comprobando que podía distinguir perfectamente la fachada posterior de la casa de Cecily. También la oscura silueta del roble destacaba contra el firmamento.

De modo que era desde allí desde donde habían disparado.

Un minuto más tarde había recogido del suelo dos grandes cartuchos vacíos. Se los guardó en el bolsillo y siguió las huellas de pies hasta una puerta lateral, desvencijada y rota.

El tirador había huido con muchas prisas, seguramente al verle a

él saltar la pared de piedra.

Lo único que faltaba por saber era contra quién iban destinados los balazos.

Regresó sin prisas, dejando libre la imaginación. Todo lo que se le ocurría era sombrío, siniestro como una pesadilla.

Cuando llegó a casa de la muchacha había decidido que alguien tendría que pagar por todos estos quebraderos de cabeza.

CAPÍTULO VI

Cecily miró el reloj una vez más. Las doce y treinta minutos. Su inquietud creció, porque hacía horas que Dan Farrell se había marchado llevándose su coche. Nunca antes le había producido temor alguno quedarse sola por las noches. Ahora todo era distinto.

Luego, con inmenso alivio, oyó el suave zumbido del coche allá fuera y corrió hacia la puerta.

Las luces del Jaguar se apagaron y la alta y sombría silueta de Farrell se apartó del vehículo. Llevaba un maletín en la mano.

Cecily jadeó:

—¡Dios, cuánto te he echado de menos...!

El cerró la puerta y la besó ligeramente en los labios.

—Me llevó más tiempo del que pensaba localizar a las personas adecuadas.

Cecily le siguió hacia el saloncito. Las cortinas estaban corridas y todas las ventanas de la casa cerradas y aseguradas.

Farrell depositó el maletín sobre una mesa y gruñó:

—Estaba inquieto por ti.

—Lo cerré todo, como me dijiste.

—Incluso así... No lo entiendo. Es algo que no me había sucedido nunca. Ella le miró con ternura, pero se limitó a señalar el maletín y preguntó:

—¿Ése es todo tu equipaje?

—¿Qué? Oh, bueno, es la única clase de equipaje que necesito. No creas que voy a trasladarme a vivir aquí de modo permanente.

Fue a prepararse una bebida sin que ella hiciera ningún comentario. Cuando tomó asiento a su lado, sólo murmuró:

—Me gustarla.

Farrell la miró intrigado.

—¿Qué?

—Que te quedaras. Para siempre. O hasta que te cansases de mí...

—Te cansarías tú antes de mí. Créeme, no soy ninguna ganga. En realidad soy uno de esos tipos que llevan consigo la violencia, la atraigo como un pararrayos los relámpagos. De cualquier modo, voy a quedarme el tiempo necesario para averiguar a quién de los dos quieren matar.

—¿Y cuándo lo sepas?

Él se encogió de hombros.

—Entonces, alguien saldrá descalabrado. Y me iré.

—¿Adónde?

—¿Importa eso? A cualquier parte. Si me detengo a pensarlo, no hay un lugar en el mundo donde me gustase quedarme.

—Apenas puedo creerlo.

El no replicó. Encendió un cigarrillo y pareció desentenderse del tema. Hasta que ella indagó:

—¿Qué hay en ese maletín?

—Un rifle muy semejante al que utilizaron esta tarde contra nosotros. Cecily contuvo el aliento.

—¡Dan! —exclamó en voz baja.

—Tengo el presentimiento de que lo intentarán de nuevo. Entonces se llevarán una sorpresa.

Subyugada, la muchacha le contempló mientras abría el maletín y sacaba las piezas de un potente Remington 30-30.

Mientras las engarzaba con sumo cuidado explicó:

—Los cartuchos vacíos que encontré delataban la clase de arma que habían utilizado. Por cierto, que me gustarla saber de dónde infiernos sacaron un silenciador tan bueno para rifle... no están al alcance de cualquiera.

Sonó un seco chasquido cuando ajustó el cañón. Luego, la muchacha le vio colocar un grueso cilindro con cierta semejanza a una cámara fotográfica sobre el alza.

—¿Qué es eso, una mira telescópica? —indagó.

—Un visor de infrarrojos. A través de él puedes ver en la oscuridad como si tuvieras ojos de gato.

—De todos modos no comprendo qué te propones.

—Lo verás por ti misma cuando llegue el momento.

El extremo del cañón había sido enroscado en una longitud de poco más de media pulgada. Farrell fijó allí el largo silenciador y echándose atrás en el diván contempló la mortífera arma con ojos críticos.

—Seguro —gruñó—. Alguien va a llevarse una buena sorpresa.

—Suponiendo que vuelvan a intentarlo.

—No me cabe duda que volverán a las andadas. Tanto si sus atenciones van dedicadas a ti, como si es a mí a quien quieren matar, están obligados a hacer otro intento por lo menos. Entonces, linda, recibirán el premio a sus esfuerzos.

Cecily sintió un extraño frío en la médula de los huesos. El arma reposaba a su lado, y asociándola con el hombre parecía una cosa vida y letal, algo que formara parte del mismo hombre, como sus manos.

Entonces se le ocurrió algo más y exclamó:

—¡Dan! Es más de la una de la madrugada. ¿Dónde conseguiste esa arma a estas horas?

El hizo una mueca.

—Me costó un poco.

—¡Te costó un poco! Un hombre normal ni siquiera sabría dónde buscarlo...

—¿Quieres decir que yo no soy un tipo normal?

—No, no lo eres.

Farrell se encogió de hombros.

—Que yo sepa, no tengo dos cabezas, ni seis dedos en cada mano... Créeme, deja de preocuparte. Lo conseguí y eso es lo único que importa.

—Algún día habrás de decírmelo...

—¿Qué?

—La clase de hombre que eres. Y «qué» eres.

—Eso es lo malo de las mujeres, quieren saberlo todo, preguntan y preguntan... Tal vez por eso no me casé nunca.

Cecily no replicó, limitándose a mirarle con la inquietud reflejada en el bello semblante. Farrell aplastó el cigarrillo en el cenicero y, levantándose, dijo:

—Esta noche dormiré en cualquiera de las habitaciones de la parte posterior de la casa, linda.

—¿Crees que lo intentarán esta noche?

—Es imposible saberlo. Dejarás la luz encendida en cualquiera de las ventanas traseras, en la planta baja. Las cortinas tienen que estar corridas para que no distingan el interior, sólo la luz. Después de eso podrás acostarte en paz el resto de la noche.

—Estás loco si crees que podré dormir.

—Tanto si duermes como si permaneces en vela, no podrás cambiar el curso de los acontecimientos. Lo que haya de suceder esta noche, o la próxima, o cualquier otra, no depende de ti. Ni de mí, dicho sea de paso, de modo que lo mejor es que intentes descansar.

Cecily estuvo tentada por el deseo de quedarse junto a él. Luego, lo pensó mejor y acabó admitiendo que Farrell tenía razón.

En cierto modo, todo estaba en manos del destino. Un destino que parecía complacerse en jugar con las vidas de los dos.

CAPÍTULO VII

Era la segunda noche de espera. Aburrida, tensa y enervante noche de incertidumbre.

Sentado en la butaca, delante de la abierta ventana y en la oscura habitación, Farrell trataba de no pensar. El cerebro puede gastarle a uno pesadas bromas en noches como ésta.

Allá, justo al otro lado de la hondonada, distinguía apenas la silueta de la casa abandonada, más negra que la noche. Oía el rumor del viento, calmo en esa noche de verano. En alguna parte, lejos, se oía a intervalos el graznido de una lechuza y el hombre se maravillaba de que aún quedara alguna en un barrio residencial de una ciudad como San Francisco.

Más próximo, en la casa, podía escuchar apenas sin percibirlos los ruidos ya familiares de una madera que cruje, un postigo que chirría con el aire, o el sordo chasquido proveniente de donde nadie sabía.

Eso era todo.

Se enderezó un poco. Su pierna rozó el rifle apoyado en la butaca.

Tras él oyó abrirse la puerta y acto seguido sonó la voz queda de Cecily.

—Dan...

—Vuelve a la cama. Esto no tiene nada de divertido.

—No puedo dormir. Quiero estar contigo.

—Está bien, pero no te acerques a la ventana.

Ella se deslizó a un lado, arrastró una butaca y se hundió en ella con un suspiro. Desde allí susurró:

—¿Cuánto tiempo va a durar eso?

—Lo ignoro.

—No podré soportarlo mucho más, Dan.

—Ellos tampoco.

—¿Y tú?

El ladeó la cabeza. En la oscuridad, el rostro de la mujer era apenas una mancha pálida rebosante de ansiedad.

Con voz sorda gruñó:

—A mí no me importa el tiempo. Cuando decidan moverse yo estaré esperando. Y entonces alguien se irá al infierno.

—Estuve pensando antes, dando vueltas en mi cama... Si pagando pudiese terminar con todo esto... hacer que nos dejaran en paz...

—¿Sí?

—Les daría todo el dinero. El soltó un juramento.

—Cuando te enfrentaste a Barron no pensabas así.

—Entonces era diferente. No te conocía a ti... no deseaba lo que ahora deseo.

—No pagarás un centavo, linda. Por otra parte, quizá todo este sainete no está organizado en tu obsequio, sino en el mío, aunque si es así la cosa es mucho más complicada de lo que puedo imaginar.

Hubo un breve silencio, luego Cecily murmuró:

—Háblame de ti, Dan. ¿No crees que ya es hora de que sepa quién es el hombre que comparte mi vida y mi lecho?

—Habrá tiempo de hablar de eso.

—¡Pero yo quiero saberlo, quiero...!

—¡Calla!

—¡Dan!

—¡Cállate!

Se había levantado de un salto y estaba pegado al alféizar de la ventana, con el rifle en las manos, escrutando la negrura del exterior.

Con voz apenas audible, la mujer musitó:

—¿Están ahí, Dan?

—No lo sé. Pero he visto brillar los faros de un coche más allá de la casa, aunque se han apagado mucho antes de llegar a ella.

Echándose el rifle a la cara ajustó el visor de infrarrojos. Contempló una panorámica del caserón abandonado, pero ningún movimiento que delatara la presencia de extraños en él.

Apartó el arma y gruñó:

—Quizá no han tenido tiempo de llegar aún si venían en ese coche...

—Tengo tanto miedo, Dan...

—No te muevas. La luz encendida de la otra ventana debe ser suficiente para engañarles si están ahí, pero pueden ser lo bastante listos para emplear también un visor como el mío. Aunque si es así, la cosa es mucho peor de lo que imaginamos porque estos visores no pueden comprarse en las tiendas como una caja de galletas...

—Pero tú sí lo conseguiste.

El soltó una extraña risa en la oscuridad.

—Pero no es ninguna tienda —dijo, sombrío.

Volvió a utilizar el visor. Las ventanas de la casa abandonada eran oscuros agujeros en la fachada, pero incluso oscuros podía ver el interior con bastante nitidez.

Así captó el movimiento en una de ellas y contuvo el aliento. Fijó la mira en aquella ventana. Ciertamente, algo se movía en la estancia.

Esperó.

Ahora toda su impaciencia parecía haberse esfumado como por arte de magia. Incluso respiraba de modo acompasado, tranquilo, controlando el ritmo para no alterar en absoluto la firmeza de su entrenado pulso.

—Ahí están —murmuró—. Me temo que habrás de reponer algún cristal de la ventana iluminada. Voy a darles todas las oportunidades... para morir.

Tras él, hundida en la butaca, Cecily apenas respiraba. Tenía los ojos inmensamente abiertos, fijos en la recia silueta de Farrell, tan inmóvil como una estatua de mármol, pegado a un lado de la ventana apuntando a las tinieblas con el rifle.

El tiempo pareció detenerse. Fue como si el pálpito vital de la noche se hubiera extinguido y no quedara nada vivo en toda la tierra. Cecily boqueó en un intento de introducir aire en sus pulmones.

Luego, no sabía cuánto tiempo después, se oyó el estallido de un cristal, y otro le siguió.

El rifle golpeó entonces contra el hombro de Farrell. Sonó un apagado estampido, apenas nada tratándose de un arma tan potente. El seco chasquido del cerrojo automático siguió al sordo

disparo y una vez más Farrell apretó el gatillo.

Cecily se mordió los puños dominando los chillidos que pugnaban por escapársele de su contraída garganta.

Cuando se dio cuenta, él había bajado el rifle y estaba a su lado. La voz calmosa del hombre susurró:

—No te muevas aún. Voy a ver quién era.

—¿Tú...?

—Le di. Con gente estúpida como ésa, la trampa de la ventana nunca falla. Atravesó la habitación y desapareció.

Ella hubiera querido detenerle. Abrazarse a él y sentir sus brazos protectores en torno a su cuerpo, sentir la seguridad que el hombre le inspiraba.

En realidad hubiera querido que no saliera, que no arriesgara su vida en aquellas tinieblas de allá fuera donde podía esperarle la muerte agazapada en medio de las sombras. Estuvo tentada de levantarse de un brinco y precipitarse a la ventana para llamarle y hacer que regresara...

Se mordió los labios hasta hacerse daño y permaneció quieta, hundida en la butaca sintiendo que le faltaban las fuerzas y la voluntad.

* * *

Dan Farrell se quedó mirando la cara contraída del hombre muerto, convenciéndose de que jamás le había visto. El tipo había caído de espaldas a bastante distancia de la ventana desde la que disparara, empujado por el tremendo impacto de los proyectiles. Su pecho era un mar de sangre, y bajo la espalda el charco rojo se extendía como un torrente.

Farrell dio un vistazo al rifle tirado en el suelo. Estaba equipado con una simple mira telescópica, de las que pueden adquirirse en cualquier almacén o armería.

En un instante le hubo registrado. No llevaba nada en los bolsillos, ni siquiera tabaco. Eso no le sorprendió en absoluto, puede decirse que lo había esperado.

Se volvió. A través del hueco de la ventana vio la luz tamizada por el cortinaje de la casa de Cecily. Gruñó un juramento, recogió el rifle del asesino y regresó por donde había venido.

Cecily saltó a su cuello tan pronto entró en la cocina.

Él le dio tiempo. Si había algo que no quisiera entonces era precisamente un ataque de histeria.

—¡Dios, creí que no ibas a volver nunca...! Él le acarició los cabellos.

—Tranquilízate, todo va bien.

—¿Estaba ahí... muerto?

—Sí.

—¿Sabes quién era?

—No, pero lo sabré. Voy a salir otra vez y no sé cuánto tardaré en volver. Cierra bien la puerta y acuéstate. Esta noche ya no tienes nada que temer.

—¡Dan, no me dejes sola!

—Encerrados aquí no nos traerán la solución a todo este lío. Ese tipo vino en un coche, y a menos que haya sido robado le seguiré la pista. Y no creo que para un trabajo de esta índole se tomara la molestia de robar un coche.

La mujer comprendió que nada impediría que él se lanzara de nuevo a la noche. Se limitó a estrellar sus labios contra su boca y permaneció así una eternidad, llenándose de él, de su aliento, de aquel fuego que parecía culebrear por todo su cuerpo cada vez que le besaba llenándola de nuevas ansias de vivir.

Cuando la apartó suavemente, Farrell murmuró señalando los dos rifles que había dejado apoyados en la pared:

—No los toques, están cargados. Yo me ocuparé de ellos cuando vuelva.

De nuevo, la puerta se cerró tras él y la mujer quedó sola una vez más. Notaba los alterados latidos de su corazón como si quisiera saltarle fuera del pecho.

Casi sin fuerzas, cerró la puerta con llave y corrió el cerrojo. Apagó la luz, subió a su dormitorio y despojándose del salto de cama se acostó.

Sabía que no podría dormir, así que ni siquiera cerró los ojos. Se limitó a seguir pensando en Dan y el tiempo se hizo eterno...

CAPÍTULO VIII

El coche estaba oculto en un recodo del camino desigual que conducía desde la calle, distante a un cuarto de milla, a la casa. Era un Sedán oscuro con bastantes años a cuestas según apreció Farrell tras darle un vistazo.

Un instante después estaba leyendo la patente de circulación, y allí se llevó la primera sorpresa. El auto estaba registrado a nombre de un tal Paul Newell.

Newell...

No podía ser otro que el pistolero que le condujera hasta la oficina de Barron.

Las llaves estaban puestas en el contacto. Dan condujo despacio hacia la casa rechinando los dientes, con el coche saltando y chirriando en los profundos baches del camino abandonado.

Paró el motor cuando llegó ante la puerta abierta. Fue en busca del hombre muerto y lo arrastró sin miramientos, dejando tras él una ancha huella roja en el suelo. Cuando lo hubo arrojado dentro del coche, sus manos estaban sucias de sangre.

Las restregó contra la tapicería del asiento posterior y tras esto se instaló de nuevo ante el volante y emprendió el camino del centro a creciente velocidad.

Pero no llegó a donde parecía ser su destino, sino que torció en el primer cruce de la carretera. Era un paraje desolado, sin una luz. Una zona que había sido parcelada y dividida en pequeños lotes de terreno en los cuales algún día se levantarían diminutas casas de madera, ofreciendo un triste remedio de libertad e independencia, mientras las mujeres y los chiquillos se gritarían de uno a otro jardín.

Farrell descendió del coche y quitó el tapón del depósito de

gasolina, encendió una cerilla y la arrojó dentro.

El estallido casi le tiró de bruces cuando se alejaba corriendo. Volvió la cabeza y contempló la espeluznante hoguera en que se convertía el coche, su ocupante y las huellas que él hubiera podido dejar.

Tuvo que caminar más de cuarenta y cinco minutos hasta las primeras calles concurridas. Un taxi apareció en una esquina y lo llamó, dándole la dirección que leyera en los documentos del coche. Newell iba a tener una sorpresa que con toda seguridad no le gustaría.

* * *

Newell estaba derrumbado sobre una incómoda butaca, alumbrado tan sólo por una pequeña lámpara de sobremesa. Miró el reloj una vez más y no pudo contener un gesto de impaciencia.

Rígido a causa del apretado vendaje que rodeaba su muslo, contemplando el desorden que reinaba en el apartamento con un solo ojo sano, no era precisamente un hombre feliz.

A su lado, sobre una mesita, había una botella mediada y un vaso sucio. Un aparato de radio portátil, con el sonido muy bajo, dejaba oír una suave melodía a la que no prestaba atención, pendiente por entero del tiempo que transcurría implacable en una noche llena de incertidumbre.

La música cesó y un locutor de voz artificial y engolada dijo algo de un anuncio y luego dio la hora.

Newell soltó un gruñido. Algo debía haber salido mal. Estaba seguro. Recordaba a aquel demonio que le dejara lisiado y sólo con pensar en él los pelos se le ponían de punta.

Garlan debería haber regresado ya. Había tenido tiempo de sobra de ir y volver, después de hacer su trabajo. No debiera haberse metido en semejante lío después de su experiencia anterior con el tipo llamado Farrell...

El timbre de la puerta le hizo dar un respingo. Sonó una vez, breve, seco, imperioso.

—¡Maldita sea, te di una llave! —rezongó. El timbre sonó otra vez.

Newell atrapó el bastón en que se apoyaba para moverse y se

levantó, tambaleándose. Maldiciendo, fue hacia la puerta apenas sosteniéndose sobre la única pierna sana, doliéndole el muslo igual que si la herida estuviera en carne viva.

Descorrió el cerrojo y gruñó:

—¿Qué diablos hiciste con la llave?

La puerta se abrió de golpe. Un puño semejante a una maza le golpeó en plena cara y el pistolero voló a través del piso hasta estrellarse contra la pared.

Quedó unos instantes hecho un ovillo en el suelo, con la cabeza zumbándole, aturrido y con dolores de agonía en la pierna.

Al fin, su visión se aclaró. A través de una extraña neblina vio al hombre alto parado a dos pasos de distancia, contemplándole con unos ojos que daban grima.

—¡Usted...! —jadeó.

—Te advertí que te mantuvieras apartado de este lío, desgraciado —dijo Farrell, sombrío—. Ahora vas a apartarte de modo definitivo.

—¿Qué... qué va a hacer?

—Lo que no hice antes. Mandarte al infierno.

—¡No puede...!

Su voz se apagó. El mejor que nadie sabía que aquel hombre «sí podía». Ya lo había demostrado con creces.

Farrell miró en torno. Hizo una mueca.

—No vives en un palacio precisamente —comentó con sarcasmo.

Newell no dijo nada. Se limitaba a mirarle con su único ojo en condiciones, temblando, pensando en el hombre que debería haber llegado en lugar de Farrell. En su fuero interno adivinó lo que le había sucedido.

Farrell estaba allí.

El otro debía de estar muerto. Seguro.

Dan Farrell encendió un cigarrillo aparentemente tranquilo, como si se encontrara en una reunión social. Pero su voz fue seca, cortante, cuando preguntó:

—Está bien, desgraciado, veamos cuál era la gran idea.

Newell tragó saliva con dificultad.

—No iba con usted —balbuceó—. ¡Le juro que nadie pensó atacarle!

—Sigue.

—Sólo... sólo había que asustar a una mujer. ¡Ni siquiera imaginé que usted... que usted pudiera volver a intervenir en esto!

—¿Sabes lo que le sucedió a Barron?

—Está muerto.

—Y de una mala manera. Newell se estremeció.

—Sí —dijo en un susurro.

—Entonces, ¿de quién fue la idea de seguir con su negocio?

—Yo no...

—¿Quién?

Newell apretó los labios.

Farrell dio un paso hacia él, lento, perezoso, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Newell vio desaparecer la mano derecha de su visitante en un bolsillo de la chaqueta y jadeó:

—¡Fue Lorens quien dio las órdenes!

—¿Lorens...?

—Era socio de Barron.

—Ya recuerdo que lo mencionaste en nuestro primer encuentro. Así que todo lo que había que hacer era asustar a una mujer, ¿eh?

—¡Lo juro! Eso fue lo que me dijo... Asustarla, pero sin hacerle ningún daño.

—¿Por qué?

—Eso no lo sé.

—¿Dónde está Lorens ahora, dónde vive? Newell hizo un gesto de desaliento.

—No lo sé. Apenas le conozco... era con Barron con quien hacíamos los tratos. Lorens nunca intervenía en nada abiertamente.

—Se mantenía en la sombra. Un tipo listo.

—Eso es.

Newell comenzaba a recobrar esperanzas. Incluso pensó en la pistola que guardaba en el bolsillo de una chaqueta que colgaba en el respaldo de una silla...

Farrell expelió el humo del cigarrillo y preguntó:

—¿Le hablaste de mí a ese Lorens?

—Tuve que hacerlo. Le dije lo que había pasado.

—Claro. Y sabiendo que estabas hecho un inválido, él te encargó a ti este nuevo trabajito. ¿Qué pasa, Newell, Lorens es idiota, o crees que lo soy yo?

—No lo entiendo... Lorens apenas tenía relaciones. Ya le he dicho que era Barron quien llevaba casi todo el negocio... Sólo podía recurrir a mí.

—Entonces, fuiste tú quien envió el fulano con un rifle para asustar a la mujer...

—¿Qué quería usted que hiciera?

—Podría sugerirte una docena de otras soluciones si me lo propusiera —gruñó Farrell de mal talante—. Debo informarte que tu compinche murió, ya que estamos hablando de él. Y también me parece que debes saber que te quedaste sin coche. Aunque, si tú revientas esta noche maldito si vas a necesitarlo nunca más.

—¡No, escuche, Farrell, no tiene nada contra mí! Esta vez no teníamos ninguna intención de matarle... ¡Maldita sea!

Si hubiera sospechado siquiera que usted pudiera estar metido en el lío no hubiera aceptado el encargo de Lorens... ¡Tiene que creerme!

Farrell le miraba con sus ojos de serpiente, pensativo, como si dudara entre creerle o no. O como si estuviera calculando la mejor manera de despellejarle.

Newell notaba un sudor frío correrle por la espalda, estremeciéndole hasta la médula de los huesos. Miró de soslayo la chaqueta colgada de la silla. Nunca podría llegar a ella en su estado... y allí estaba la pistola. Casi gimoteó de ansiedad y de pánico.

Pasó casi un minuto sin que Farrell despegara los labios. Era consciente del poder que ejercía sobre el herido, sabía con absoluta certeza que su sola presencia le inspiraba un terror cerval, y no era la primera vez que contemplaba ese proceso en un hombre que estaba a su merced. A veces, él mismo se había asustado de ése casi hipnótico influjo que se desprendía de su sola presencia.

Aunque, después de todo, quizá los largos años de adiestramiento hablan sido empleados únicamente para conseguir sensaciones así.

—Veamos si llegamos a alguna parte práctica. ¿Cómo te pones en contacto con Lorens?

—No tengo ni idea de dónde encontrarlo.

—Eso ya lo dijiste antes. Pero si trabajas para él debes comunicarle el resultado del trabajo. ¿Cómo lo haces?

—Mire, ya le llevé hasta Barron la otra vez. Si ahora pudiera hacer lo mismo como Lorens lo haría, pero no sé cómo... Es él quien me llama. Así es como quedamos.

—Lo siento.

—¿Qué?

—Siento que eso sea sí, porque era la única razón de que aún estuvieras vivo.

Newell trató de enderezarse, con la espalda apoyada en la pared. Veía la muerte en la salvaje mirada de Farrell, tan claramente como si estuviera apuntándole con una pistola.

—¡Maldito sea! —jadeó—. Lorens me dio un número de teléfono. Es todo lo que sé.

—Estás haciéndome perder mucho tiempo, Newell.

—Lo tengo anotado... está en la chaqueta.

Contuvo el aliento cuando Farrell descolgó la chaqueta del respaldo de la silla. ¡Aún tendría una oportunidad! Le mataría. ¡El maldito! Le haría pagar tanto terror, tanto miedo y tanto dolor...

Farrell avanzó con la chaqueta en la mano. Y en uno de sus bolsillos había una pistola del «32»... le clavaría todas las balas...

No podía apartar la mirada de aquella prenda que parecía tardar una eternidad en llegar a él... la miraba fascinado... casi podía alcanzarla con la mano.

Había una curiosa expresión en la cara de Farrell. Si Newell no hubiera concentrado todos sus sentidos en la chaqueta quizá lo habría advertido, pero entonces su propia alma estaba pendiente de atrapar aquella prenda que significaba vivir, matar y vengarse.

Y entonces Farrell se detuvo y la americana quedó balanceándose fuera de su alcance.

Newell levantó la mirada y tropezó con los ojos demoniacos de su enemigo. Un apagado quejido escapó de sus labios.

Farrell dijo:

—¿Creíste que yo era idiota?

Por un instante la habitación pareció girar a su alrededor, cual si estuviera mareado, o borracho. Luego la desesperación le invadió.

Farrell estaba hurgando en los bolsillos de la chaqueta. Encontró la automática y la contempló con las cejas enarcadas.

—Es pequeña, pero aun así pesa demasiado para no llamar la atención, Newell.

¿Pensabas vaciarme el cargador en las tripas?

—¡Sí! —aulló el herido—. ¡Maldito sea, sí!

Farrell se guardó el arma en un bolsillo y luego arrojó la prenda a la cara de Newell.

—Ahora puedes darme ese número de teléfono, desgraciado. Algo semejante a un sollozo escapó de la garganta del pistolero.

—¡No hay ningún número! —barbotó—. Antes le dije la verdad... es él quien me llama. Todo fue una argucia para que me alcanzara la chaqueta.

Farrell suspiró. Estuvo mirando al hombre derribado en el suelo por espacio de lo que a Newell se le antojó un siglo.

—Tal vez estés diciendo la verdad esta vez —comentó, pensativo—. Pero si es así ya no te necesito para maldita la cosa.

Las palabras quedaron flotando en el aire como las negras alas de la muerte. Newell sintió que se le erizaba el pelo.

De nuevo vio su propia pistola en la mano del siniestro visitante, sólo que ahora el arma quedó inmóvil, apuntándole a la cabeza.

—¡No! —aulló—. ¡No puede matarme a sangre fría, como a un perro! Usted... usted no gana nada.

—Cierto, no gano nada, pero tú lo pierdes todo.

Newell manoteó como si tuviera la esperanza de que sus manos pudieran desviar las balas.

En aquel instante, detrás de Farrell comenzó a sonar el teléfono.

CAPÍTULO IX

Farrell atrapó el aparato, que seguía sonando, y lo dejó en el suelo, al lado del casi desvanecido Newell.

—Vas a contestar —dijo—. Y lo harás normalmente, con calma...

—Sí, calma —gimoteó el herido.

—Con calma o te volaré lo que tienes en lugar de sesos.

La mano le temblaba brutalmente cuando descolgó el auricular. Hizo esfuerzos para sacar la voz de la garganta, y aun así sonó como si brotara del fondo de un pozo.

—Sí, hable...

Escuchó y no pudo evitar un escalofrío.

—Sí, soy Newell, señor Lorens... No, el hombre que envié aún no ha regresado. Ya no... no puede tardar.

Miró apurado a Farrell, que escuchaba con el ceño fruncido. Tras unos instantes de escuchar exclamó:

—¡Ya le dije que estoy mal herido, no puedo andar!

Nuevo silencio. Por el auricular podía oírse el crepitar de una voz impaciente.

—Está bien, como usted diga.

Farrell dio un respingo al ver que se disponía a colgar, Pero Newell gruñó:

—El cortó la comunicación. Quería que fuera a no sé dónde...

—¡Maldito seas, estúpido!

—Él va a venir aquí. Apenas podía creerlo.

—¿Estás seguro, no estás tratando de salvar la cabeza, Newell?

—¡Claro que quiero salvar la cabeza! Pero él va a venir esta noche. Necesita más gente y sólo yo puedo conseguir los contactos. Ya le advertí que Lorens no tiene relaciones... Era Barron quien

llevaba el negocio.

—¿Para qué necesita más asesinos a sueldo?

—Eso no lo dijo.

—No comprendo nada de lo que está sucediendo...

Newell se encogió de hombros. Ese respiro, cuando ya casi se había considerado muerto, era algo difícil de asimilar.

Farrell le espetó de pronto:

—Supongo que habías hecho otros trabajos para Barron. Trabajos de pistola quiero decir.

—Éste... sí. Hace algún tiempo.

—¿Y de otras clases?

—¿Qué? No le comprendo.

—Quiero saber si alguna vez te encargó algo relacionado con una mujer llamada Cecily Haines. Tal vez vigilarla. ¿Lo recuerdas?

—No... creo que no.

—¿Crees?

—Seguimos a una mujer, hace algún tiempo, pero no creo que ése fuera su nombre. Lo recordaría.

—¿Cómo era esa mujer?

—Rubia... rubia platino. Había sido estrella de un *cabaret* hasta que alguien la retiró.

—No era Cecily —murmuró Farrell, sombrío—. ¿Qué pasó con la rubia?

—Nunca lo supe. Desapareció.

—Ya veo...

—Espere, no saque conclusiones, Farrell. Yo no le hice nada. Junto con Johnston estuvimos vigilándola durante unos días y eso fue todo. Barron nos dijo que ya podíamos olvidarnos de ella y algún tiempo después alguien comentó que se había esfumado. No me preocupé por eso, no era asunto mío.

—Ese Johnston, ¿era el tipo que reventó en mi habitación?

—Sí, el mismo.

—Bueno, ahora escúchame bien, porque de que colabores conmigo depende que sigas vivo. ¿Entiendes?

—¡Maldita sea! Haré lo que quiera, pero Lorens está a punto de llegar y...

—Precisamente. Cuando llegue le dirás que yo soy el tipo que enviaste a tirotear la casa de la mujer... de Cecily Haines.

La cara de Newell se volvió tan blanca como el yeso.

—¿Haines? —balbuceó—. Ése es el nombre que mencionó antes.

—Ciertamente. Por eso te lo pregunté.

—¡Pero Lorens no me dijo el nombre de la mujer! Sólo la dirección de la casa y cómo teníamos que hacerlo... Insistió en que no debíamos herirla, y luego añadió que cuando llegara el momento lo que hubiera que hacer lo haría él personalmente. ¿Cómo iba a imaginar que usted estuviera implicado en este asunto?

—Y no lo estaba, al principio, eso es lo gracioso del caso. Newell no le veía la gracia por ningún lado, pero calló.

Sabía que su vida dependía de lo que hiciera en los minutos siguientes, cuando Lorens llegara.

Farrell añadió:

—Dejarás que sea yo quien hable una vez me hayas presentado como el pistolero que enviaste. Recuérдалo, una seña que no me guste, la menor advertencia que intentes hacerle a Lorens y estarás muerto. Ahora, levántate de allí y siéntate en la cama.

Le costó no pocos esfuerzos llegar hasta el lecho. Jadeaba como un fuelle asmático.

Farrell devolvió el aparato telefónico a su lugar. Luego acercó una silla a la mesa y sentándose encendió un cigarrillo sin que sus ojos de serpiente dejaran de vigilar a su víctima.

Terminaba de fumar el tercer cigarrillo cuando alguien llamó a la puerta con los nudillos. Una llamada furtiva, cautelosa en esas horas de la noche.

Newell se puso rígido. Estaba lívido. Farrell le aconsejó, levantándose:

—Pórtate bien si sabes lo que te conviene.

Abrió la puerta con absoluta calma. Un hombre entró apresuradamente y él volvió a cerrar en silencio.

El recién llegado paseó la mirada de uno a otro hombre.

—¿Quién es éste? —preguntó señalando a Farrell.

Newell tragó saliva.

—Garlan, el hombre de que le hablé.

Farrell miraba intrigado al hombre que acababa de llegar. Sus ojos eran sólo dos rendijas.

Fue con él con quien se enfrentó Lorens.

—¿Hiciste el trabajo?

—Lo que Newell me indicó. Disparé varios tiros contra las ventanas de aquella casa.

—¿Viste a la mujer?

—No, ella no apareció. Debíó esconderse cuando vio que saltaban los cristales a balazos. Lorens asintió en silencio. La mirada de Farrell no se apartaba de él.

Newell casi retenía el aliento. Sabía que aquello solo podía acabar de una manera. Al fin Lorens dijo:

—Muy bien, Garlan, lo hiciste bien. La dejaremos tranquila durante un par de días. Después, repetirás lo de esta noche. ¿Estás seguro de no haber dejado ningún rastro en la casa vieja?

—Nada.

—Ahora hablemos de otro asunto. Necesito dos o tres hombres, Newell. Farrell gruñó:

—Ya tiene uno.

—¿Tú?

—Seguro.

—Aún no sabes la clase de trabajo de que se trata.

—Supongo que será un trabajo de pistola. No me importa si hay dinero a ganar.

Lorens le observó con atención por primera vez. Arrugó el ceño y estuvo unos instantes pensativo, silencioso. Farrell soportó el escrutinio con calma mientras encendía un cigarrillo.

—No sé... a ti te necesito para lo de esa zorra...

La voz de Lorens era titubeante. No era un tipo muy seguro de sí mismo. Farrell hizo un gesto como si espantara una mosca.

—Eso es un juego de niños. Puedo hacerlo con los ojos vendados. Necesito dinero, señor Lorens, así que cuente conmigo.

—Muy bien, tú y dos más. ¿Puedes conseguirlos? Fue Newell quien balbuceó:

—Los buscaré. Tengo contactos, ya se lo dije.

—Tienen que estar disponibles mañana por la noche.

—Estaremos a punto —prometió Farrell, siguiendo con su papel

—. ¿Qué es lo que tenemos que hacer?

—Buscar a un tipo y... Pero de eso hablaremos mañana. Sacó unos billetes que arrojó sobre la cama donde estaba Newell.

Farrell gruñó:

—Me parece que eso es una tontería. Lorens dio un respingo.

—¿Qué dijiste?

—Si hay que buscar al tipo, cuanto antes empiece antes lo tendrá. Yo podría ocuparme de eso mientras Newell contrata a los demás.

—Ya veo. Eres un hombre impaciente, ¿eh?

—No, señor. Pero ya le dije que necesito dinero.

—Claro.

—¿A quién hay que buscar, cómo se llama, qué aspecto tiene? Tras una vacilación, Lorens asintió para sí y dijo:

—El nombre es Farrell, Dan Farrell. No sé qué aspecto tiene, pero Newell debe saberlo. Él le vio, aunque fuera de lejos. ¿No es así?

Newell se había quedado sin respiración. Asintió con dificultad, jadeando. Farrell gruñó:

—¿Y cuándo lo encontremos, señor Lorens?

—Liquidadlo. No me importa cómo. Pero el tipo tiene que morir.

—Entiendo.

—Espera un minuto, no creas que la cosa es tan sencilla. Newell lo sabe. Ya mató a dos hombres y es quien le hirió a él, Y yo tengo la sospecha de que también ese Farrell mató a Barron, aunque de eso no estoy tan seguro.

Farrell miró a Newell de reojo. Una extraña mueca asomó a su rostro durante un fugaz instante.

—Yo lo arreglaré —aseguró con calma—. Pero me gustaría saber algunas cosas más sobre este asunto. No me gusta meterme en líos a ciegas.

Lorens gruñó:

—Todo lo que necesitas saber es lo que acabo de decirte. No se necesita más para liquidar a ese tipo.

—Eso es lo que usted cree.

—¿Qué?

—Yo quiero saber mucho más. Por ejemplo, por qué ha de morir, y quién paga realmente para que reviente. En otras palabras, señor Lorens, ¿quién le ha hecho ese encargoito?

Lorens soltó un juramento, tratando de dominar la ira.

—¡Maldito seas! ¿Quién te has creído que eres? Farrell esbozó una sonrisa.

—Soy el hombre que va a matarle, señor Lorens. Su voz sonó tan

suave y calmosa como un susurro.

Pero para Lorens, y también para Newell, fue igual que un trueno en sus oídos.

Farrell volteó el brazo y el golpe cazó a Lorens en un lado de la cabeza. Se fue dando tumbos hasta la pared y allí se quedó unos instantes aturdido, boqueando.

Newell se mantuvo en silencio.

Farrell se acercó a Lorens y le hundió el puño en la barriga. Cuando el hombre se dobló, aullando, le cazó con un rodillazo en la cara y Lorens puso los ojos en blanco y quedó despatarrado en el suelo sin otra queja.

CAPÍTULO X

Farrell expelió el humo del cigarrillo. Newell no se había movido una pulgada, lívido, asustado y casi reteniendo el aliento.

Al fin barbotó:

—¿Y ahora qué?

—Esperaremos que tu jefe regrese a este mundo.

—Usted no se anda por las ramas...

Dan se inclinó sobre el desvanecido Lorens y en un instante le hubo vaciado los bolsillos. Encontró un buen fajo de billetes, documentos a su nombre, llaves y una pistola del «22».

—Un arma de mujerzuela —rezongó.

Se embolsó el dinero y los documentos tras echarles una mirada. Luego, fue a sentarse en la misma silla que ocupara antes.

Diez minutos más tarde Lorens empezó a dar señales de vida.

—Levántese y quédese ahí, Lorens —ordenó Farrell.

Los ojos aturdidos del hombre le buscaron hasta enfocarle.

—¡Maldito! —jadeó—. ¿Qué idea te ha dado?

—Preséntanos, Newell. Es justo que sepa quién va a mandarle al infierno. Newell hizo un par de intentos antes de lograr articular una palabra.

—Es Dan Farrell, señor Lorens.

Lorens se enderezó como si le hubieran pinchado.

—¿Farrell?

—¡Me sorprendió! El me obligó a seguirle el juego para sorprenderle a usted... no pude oponerme, señor Lorens.

—Ya me ocuparé de ti, maldita rata —rechinó Lorens entre dientes. Farrell dijo:

—Usted no podrá ocuparse de nada, excepto de morir. Y no se llama Lorens. ¿Qué nombre quiere que graben en su lápida?

El aludido se quedó mirándole boquiabierto. Farrell añadió:

—¿Sabe usted? Vi una fotografía suya, hace sólo unas noches. Era la que tenía Barron para exprimir a una mujer. Lo que no entiendo es su significado. Usted se llama Haines.

¿Me equivoco?

—Así que se ha entendido con ella...

—Más o menos. Y Cecily me dijo que aquélla era la fotografía de su marido, así que empiece a hablar o acabará igual que su amado Barron. A propósito, ¿lo vio después de muerto?

Lorens se puso verde.

—Sí... vi lo que usted le había hecho.

—Ahora vamos a repetirlo.

La pistola de Newell apareció una vez más, apuntando al desconcertado Lorens.

—Vuélvase de espaldas y apoye las manos en la pared. Separe los pies... así está bien.

Voy a amordazarlo para que no escandalice toda la casa con sus alaridos cuando yo empiece a trabajar.

Lorens no tenía el temerario valor de Barron. Empezó a temblar y barbotó:

—¡Espere, maldito! Se lo diré... Cecily le dijo la verdad... ella es mi mujer.

—Siga.

—Deje que me siente.

—Olvídelo, está cómodo así. Además, aún no he renunciado a hacerle tiras.

Lorens barbotó un juramento entre dientes. Newell contenía hasta el aliento, sentado en la cama.

—Usted gana, Farrell —dijo Lorens al fin—. Mi coche se despeñó por un barranco y yo salí despedido. Me acompañaba otro hombre, pero él no tuvo tanta suerte y quedó atrapado dentro.

—¿Y...?

—El coche se incendió. Cuando llegó la policía, no quedaba nada del hombre excepto unos huesos calcinados.

—¿Dónde estaba usted entretanto?

—Tirado entre unos matorrales, sin conocimiento. Estuve horas inconsciente. Cuando recobré el sentido ya todo había terminado.

—Sigo sin entender, de modo que hable claro. ¿Por qué no se

presentó a los policías que estaban allí?

—¡Ya no estaban! Habían retirado los restos del cadáver y sólo quedaba el montón de chatarra que había sido mi coche.

—¿Sí?

—Bueno, yo estaba aturdido. Sentía como si flotara en el aire. Empecé a pensar y entonces se me ocurrió una idea. Sólo tenía que esperar a ver cómo terminaba todo aquello. Si advertían que el cadáver no era el mío, me presentaría, si no...

—Ya veo.

—Había un seguro. Quinientos mil dólares. Entonces yo no sabía en qué estado habían encontrado a mi compañero de coche. Ni por asomo se me ocurrió que todo saliera tan bien. Llamaron a mi mujer para que identificara los restos. ¿Cómo podía identificar un montón de huesos calcinados? Pero ella dijo que sí, que aquél había sido su marido. Estaba deseando librarse de mí hacía mucho tiempo. De modo que se embolsó medio millón de dólares del seguro y ya sólo me quedó esperar un tiempo.

—De modo que ella cree que usted está muerto.

—Eso es... O por lo menos lo creía hasta que Barron, de acuerdo conmigo, le mandó una copia de esa fotografía.

—Más despacio —refunfuñó Farrell—. Ahí es donde me pierdo. Yo vi esa foto, y en ella sólo estaba usted. ¿Cómo podía significar una amenaza suficiente para hacerle soltar el dinero?

Lorens se removió en su forzada postura.

—Debió fijarse usted mejor... hay un calendario en la pared, detrás de mí. Un calendario actual, con el mes de marzo a la vista. Eso demostraba que me había fotografiado en marzo, siete meses después de que ella reconociera mis restos y se embolsara el dinero del seguro.

—Ajá, ahora lo entiendo. Si esa fotografía llegara a manos de la policía y de la compañía de seguros, Cecily iría a parar a la cárcel por estafa.

Lorens no dijo nada. No era necesario.

Brutalmente, Farrell le golpeó con el cañón de la pistola. Sintió como si le estallara la cabeza y de nuevo se desplomó gimoteando.

—Dime otra cosa, gran hombre —gruñó—. ¿Ya era rica Cecily antes de cobrar ese seguro?

—Sí... tenía dinero... mucho dinero... por eso yo nunca quise

oír hablar de divorciarnos...

—Tal vez esperabas heredarla.

A pesar de su dolor y aturdimiento, Lorens dio un respingo en el suelo, volviéndose. La azorada expresión de su cara le demostró a Farrell que había dado en el clavo.

—¿Cuántas copias de esa fotografía te quedan, Lorens? O quizá sea mejor que te llame Haines, ya que ése es tu nombre.

—¡No hay más! Por eso quería aterrorizarla. Barron le entregó el cliché cuando ella pagó veinte mil dólares. Eso fue solo un tanteo, para ver hasta dónde podíamos manejarla. Pero nos quedamos una copia de la foto para el golpe final. No se la pensábamos entregar hasta haberle sacado los quinientos mil.

—Dudo mucho que te hubieses conformado con eso. Tú eres una sanguijuela indecente y con toda seguridad hubieras seguido exprimiéndola hasta el final. Sólo que ahora este negocio se te ha arruinado. Bueno, éste y todos los demás.

Lorens pensó sobre eso. No debió llegar a ninguna conclusión alentadora porque su cara se volvió de un color grisáceo.

—¿Qué pretende, asesinarme a sangre fría? —balbuceó, temblando—. Habrá de matar a Newell también para eliminar un testigo... ¿Y luego qué?

—Luego no sé, pero eso no debería preocuparte demasiado, digo yo.

Haines se levantó, pero hubo de apoyarse en la pared porque las piernas se negaban a sostenerle. Miró a su siniestro adversario mientras pensaba desesperadamente en la manera de eludir el final que Farrell le había pronosticado.

—¿Qué gana usted con todo esto? —balbuceó—. Si es dinero lo que nada buscando... Aunque quizá haya tenido la idea de embolsarse la fortuna de mi mujer, ¿eh? Con ella incluida, desde luego...

Farrell sonrió de aquella manera que daba grima.

—No necesito ese dinero. Tengo el suficiente para vivir. No quiero más. Se trata de algo que tú no entenderías nunca, Haines, de modo que olvídalo y pasemos a otro asunto.

—Ya hablé demasiado sin obtener nada a cambio.

—Ni siquiera has empezado. Y por si tienes alguna duda, recuerda cómo se veía tu socio después que yo me hube ocupado de

él y quizá eso te haga ser sensato.

—No diré una palabra más...

—Eso es lo que tú crees. Vas a decirme quién está pagando para verme muerto, y dónde puedo encontrarle, eso es todo.

—¡No, maldito sea! Sólo hablaré si hacemos un trato. Yo le digo lo que sé sobre esa gente y usted se larga sin tocarme. O eso, o ya puede irse al infierno.

—Eres más estúpido de lo que imaginaba...

Newell jadeó desde la cama:

—¡Le matará, Lorens...! Yo conozco cómo trabaja ese tipo... Se removió, sentándose en el borde del lecho.

Farrell enseñó los dientes en una mueca.

—Hazle caso, Haines, porque realmente ésta es la idea general.

Newell deslizó su dolorido cuerpo hacia los pies de la cama. Allí estaba el bastón en que se apoyaba para andar.

—Puede pegarme un tiro, pero entonces no sabrá quiénes le persiguen, Farrell —barbotó Haines—. Estará a su merced... porque ellos no desistirán de sus propósitos.

—Ellos... así que son varios, no un tipo solo.

Balanceó la pistola distraídamente. Sabía que Haines cedería. Era un cobarde sin paliativos y no había que darle vueltas.

Newell cerró los dedos entorno a la empuñadura del bastón.

Cuando Farrell advirtió su movimiento por el rabillo del ojo ya era demasiado tarde para prevenirse. El bastón le golpeó la cabeza igual que una maza. La pistola escapó de sus dedos y él se fue dando tumbos hasta el otro extremo del cuarto.

Cayó de rodillas, aturdido. Oyó el grito de triunfo de Haines cuando se precipitaba hacia donde cayera la pistola. Newell bramó:

—¡Mátelo, mátelo!

Farrell rodó sobre sí mismo. Hundió la mano en el bolsillo en el instante en que Haines se erguía con la automática empuñada.

—¡Ahora te ajustaré las cuentas, hijo de perra!

Tiró del gatillo en el instante en que Farrell saltaba a un lado. Sus dedos se cerraron en torno a la culata de la «22» que le arrebatara a Haines. Disparó desde el bolsillo la primera vez. Haines dio un traspié, girando sobre sí mismo.

Newell se arrojó fuera de la cama. Chocó contra Haines y los dos se desplomaron. Haines aún sujetaba la pistola, pero Newell se la

arrancó de la mano salvajemente. Se volvió en el suelo con el arma empuñada...

Vio los rojizos chispazos delante de él y ni siquiera tuvo fuerzas para apretar el gatillo. Los picotazos de la «22» le zarandearon un poco. Luego, lentamente, se dobló sobre el cuerpo de Haines y rodó de costado. Quedó inerte, de cara al techo.

Por unos instantes sólo se escuchó el rechinar de los dientes de Haines. El pequeño proyectil de su propia pistola le dolía en el pecho como un hierro candente.

Farrell se levantó con la cabeza zumbándole.

—No estás muerto, Haines, así que muévete. Los disparos habrán alarmado al vecindario a estas horas. Vamos a salir de aquí.

—¡No... no, no puedo...!

Farrell fue hasta él y atrapándole por los cabellos le levantó en vilo.

—¡Vamos, camina!

Le llevó hacia la puerta. La abrió y tendió el oído.

Se oían pasos en el piso de encima, pero la escalera era un pozo de sombras y estaba desierta.

Casi en volandas, Haines se encontró en la calle sin saber cómo había llegado hasta allí. Farrell le espetó:

—¿Dónde tienes el coche?

—¡Estoy desangrándome!

—Eso es sólo el principio. Tu coche, pronto.

—Allí... en la esquina...

Era un Dodge sucio de polvo. A lo lejos empezó a oírse una sirena acercándose velozmente.

Farrell descargó un trastazo en la nuca de Haines y éste se desplomó de cabeza dentro del coche. El cerró la portezuela, dio la vuelta y fue a sentarse ante el volante.

Estaba doblando la esquina, despacio, cuando el primer coche de la policía irrumpió en la calle con un aullido de sirenas y rechinar de neumáticos.

Farrell condujo a velocidad moderada. De cualquier modo, ahora ya no tenía ninguna prisa.

CAPÍTULO XI

Farrell detuvo el coche y apagó el motor. La casa estaba cerrada y sin luz, pero él estaba dispuesto a jurar que Cecily no dormía.

Dio un vistazo al desvanecido pasajero que estaba derribado a su lado, en el asiento, y abriendo la portezuela se apeó.

Antes que pudiera oprimir el timbre, la puerta se abrió y un torbellino de brazos y suspiros se le echó al cuello.

—¡Dan! —jadeó la mujer—. ¡Oh, Dios, qué noche terrible la que he pasado!

—Cálmate.

La besó. Luego, con suavidad, logró que ella le soltara y entonces dijo:

—Te traigo una sorpresa.

—La mejor sorpresa es ver que estás bien, querido.

—Enciende la luz mientras lo saco del coche.

Ella no comprendió, pero retrocediendo entró en el vestíbulo y encendió la luz.

Farrell apareció en el portal con el cuerpo de Haines sobre el hombro. La mujer contuvo el aliento porque creyó que aquello era un cadáver. No pudo verle el rostro porque éste se balanceaba a espaldas de Farrell. Éste cerró la puerta con el pie y gruñó:

—Vamos a la sala. Apuesto que nunca imaginaste verlo de nuevo.

—¿Qué?

Él se ladeó un poco, permitiendo que la muchacha pudiera contemplar el rostro del que aún seguía siendo su marido.

Cecily dio un grito, espantada.

—¡Es él... Jack...!

—Tu esposo.

—¡Sí, sí...!

Echó a andar y depositó su carga sobre un diván. Entonces Cecily pudo descubrir también la roja mancha de sangre en su camisa.

—¡Oh, Dios, está muerto!

—Sólo herido. Y es una bala muy pequeña para que lo mate. Hemos tenido una charla muy edificante en el coche, mientras veníamos hacia aquí. Luego, empezó a alborotar y tuve que sacudirle para que estuviera tranquilo.

Ella le miró, desconcertada y asustada a un tiempo.

—Quieres decir que él... él nos disparó desde la casa abandonada...

—No, linda. El que disparó ya te dije que estaba muerto. Pero tu amante esposo es quien pagó por ese trabajo. Y tenía también grandes ideas respecto a ti, naturalmente. La principal de ellas era que pensaba heredarte. Mediante un par de jugadas sucias, por supuesto, pero he de reconocer que sus proyectos estaban muy bien tramados.

—¿Heredarme?

—Eso es.

—Comprendo...

—¿Cómo pudiste casarte con esta basura?

—Fue una de esas cosas... Nos conocimos en Miami, durante unas vacaciones. Parecía tan correcto, tan cariñoso entonces.

—¿Y después?

—Después se quitó la careta. Quería vivir a sus anchas con mi dinero... todo mi dinero.

—Lo de siempre. Pero ya antes de casarse contigo no era más que un estafador de tres al cuarto. Además, se asoció con Barron, aunque eso fue después de vuestra boda. La idea general era que Barron, cuando ya te hubiera sacado el dinero del seguro que cobraste, se ocupara también de que murieras en un accidente. Entonces, tu amante esposo hubiera reaparecido para reclamar tu herencia.

—Es... es algo sucio y rastrero, Dan...

—Es mucho más que eso. Esta rata pensaba seguir con el negocio de Barron por el momento, y una faceta de ese negocio eran los asesinos a sueldo. Ahí fue donde metió la pata, porque

Barron era un bastardo duro como el demonio y muy capaz de manejar a esa clase de tipos. Tu marido es de otra pasta. Cobarde, blando, y estúpido además. Quiso abarcar demasiado y así fue como le cacé.

—No comprendo cómo pudiste hacerlo.

—Porque él andaba buscando asesinos para encargarles que me asesinaran. A mí. ¿No es gracioso? Me contrató para ese trabajo.

Cecily se quedó boquiabierto, incapaz de hablar tanta era su sorpresa. Vio la risa extraña y siniestra de Farrell y se estremeció.

Lo único que pudo balbucir fue:

—¿Por qué quería matarte?

—El no, ni siquiera sabía quién era yo. Pero le pagaban, y muy bien, para eso. Los mismos que ya habían contratado antes a Barron.

—No comprendo nada. Es todo tan sórdido, Dan...

El asintió. Dio un vistazo al inerte Haines y fue a servirse una buena dosis de *whisky*.

Luego gruñó:

—Ahora ya sé quién quiere verme muerto. Es algo que debiera haber comprendido desde el principio.

Cecily contuvo el aliento, pero él no añadió nada más, aparentemente absorbido en saborear el licor.

De modo que al fin se vio obligada a romper el silencio.

—Quizá ahora quieras hablarme de ti —susurró. Él se encogió de hombros.

—Yo también voy a defraudarte, querida. Tienes mala suerte con los hombres.

—¿Por qué dices eso?

Farrell no respondió de momento. Apuró las últimas gotas de *whisky*, encendió un cigarrillo y sentándose en el extremo del diván donde yacía su víctima gruñó:

—Porque en cierto modo, linda, no soy mejor que él.

—Nunca creeré eso.

—Puedes creerlo. Y aquí es donde entra en juego algo tan sucio como todo lo que ha sucedido hasta ahora: La política.

Cecily le miró, desconcertada. Estaba tan sorprendida que ni siquiera atinó a pronunciar una palabra.

De modo que él prosiguió:

—Hasta hace pocos días, yo era agente de un organismo secreto. En cierto modo dependía de la CIA, sólo que el nuestro era el trabajo sucio que nadie quería tocar. Y yo era muy bueno en el trabajo... condenadamente bueno.

—No comprendo a dónde quieres ir a parar, Dan...

—Ahora que he empezado no me interrumpas. No debería hablarte de eso, pero lo hago y es así de sencillo. Al infierno con todo lo demás.

—Pero no entiendo qué tiene que ver...

—Ahora llegamos a eso. Tú sabes el apoyo de nuestro gobierno a esa junta criminal que gobierna un desgraciado país sudamericano... Bueno, nos mandaron secretamente allí para asesorar a sus fuerzas represivas. Tres de nosotros, los mejores. Así fue como descubrí el genocidio que están cometiendo con el beneplácito de nuestros gobernantes... y sentí asco de mí mismo. Asco de mi trabajo... ¡Maldita sea! Asco de pertenecer al género humano.

Ella esperó, estremecida. La voz de Farrell se había convertido en un murmullo tenso, salvaje, silbante; algo que producía escalofríos.

Farrell se levantó y fue a llenar otra vez el vaso. De espaldas a la mujer prosiguió con una voz tan sombría como antes, cual si hablara para sí mismo:

—Yo vi cuerpos despedazados a machetazos, chiquillos decapitados, mujeres desgarradas con las culatas de los fusiles... ancianos abrasados vivos. Vi cientos de cadáveres que habían sido mutilados en vida... y todo esto cometido por los mismos a quienes nosotros debíamos entrenar. En cierto modo era como si yo y los demás fuéramos quienes descuartizaban a hombres, mujeres y niños en vida... Aún no he podido olvidar aquellos alaridos... los aullidos de las víctimas...

Elevándose el vaso a los labios casi lo vació sin respiración. Cecily estaba inmóvil, petrificada. Había olvidado la presencia del hombre derribado en el diván. Lo había olvidado todo menos sus sentimientos.

Farrell se volvió poco a poco. Cecily se asustó ante la expresión casi demencial de su mirada.

No pudo pronunciar una palabra, de manera que él añadió:

—No sé qué me pasó. Yo había llevado a cabo otras misiones sucias y rastreras en nombre de los intereses de este país, pero jamás había visto nada semejante a aquello. Bueno, había un colosal envío de armas para la junta de gobierno a punto de entrar... Establecí contacto con los guerrilleros y les instruí sobre la manera de apoderarse del cargamento. De este modo, las armas que estaban destinadas a incrementar el genocidio de todo un pueblo pasaron a manos de los desesperados que luchan por su libertad. Tras esto, regresé aquí y presenté mi dimisión. Creo... creo que a las altas esferas les habría gustado poder fusilarme, pero temieron que yo hablara públicamente de lo que sabía y se limitaron a expulsarme.

—Pero...

—Oh, claro, me dijeron lo que opinaban de mí. Incluso me advirtieron de que si alguna vez rompía el silencio las consecuencias serían fatales para mí. Es así como trabajan... del mismo modo que yo había trabajado.

—¿Quieres decir que ahora esos que fueron tus jefes son los que quieren asesinarte? El sacudió la cabeza. Una extraña mueca apareció en sus labios tensos.

—No, nena. Ellos no necesitarían recurrir a estúpidos aficionados. Disponen de excelentes profesionales de la matanza. Yo era uno de los mejores, así que lo sé muy bien.

—Entonces, ¿quién...?

El miró el vaso vacío. Pareció titubear entre llenarlo de nuevo y emborracharse de una vez o estrellarlo contra la pared a impulsos de la ira que le dominaba.

Acabó dejándolo sobre la mesita. Encendió otro cigarrillo y dio un vistazo al hombre desvanecido.

Al fin gruñó:

—Enviados de la junta militar. No pueden perdonar que yo les entregara toneladas de armas a sus enemigos... Ellos están despilfarrando los dólares que reciben en créditos de nuestro gobierno para pagar asesinos a sueldo. ¿No es gracioso?

Cecily no lo encontraba gracioso precisamente. Y a juzgar por la tenebrosa expresión del rostro de Farrell, éste tampoco le veía la gracia alguna a la situación.

—¿Qué vas a hacer ahora, Dan?

El la miró como si no la viera. Sacudió la cabeza y masculló:

—No te gustaría saberlo. De momento hemos de ocuparnos de esta basura.

Cecily ladeó la cabeza para echar una mirada despreciativa al hombre inconsciente. En aquel momento, Lorens emitió un débil quejido.

Farrell dijo:

—Vas a verte metida en un lío si no encontramos la manera de... Dime una cosa, ¿puedes devolver ese medio millón que cobraste del seguro?

—Por supuesto. El parpadeó.

—Así que eres «realmente» una mujer rica... ese bastardo tenía razón después de todo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Sólo tienes una salida a fin de librarte del embrollo y de tu marido al mismo tiempo. Devuelve los quinientos mil dólares y entrega este hijo de perra a la policía. Cuéntales la verdad y ellos le pondrán en donde debe estar.

—Pero... yo identifiqué los restos que me presentaron... ¡Dios! Tenía tantos deseos de librarme de él que ni siquiera dudé. ¿Cómo iba a sospechar...?

—Te equivocaste. No pueden echarte eso encima. Eran restos de un hombre calcinado. Si devuelves el dinero no habrá acusación alguna contra ti.

—Lo haré.

—Entonces, llama a la policía.

—¿Ahora?

Farrell la miró, sombrío.

—¿No quieres acabar de una vez con todo esto?

—Sí, naturalmente que sí.

—Entonces, llámalos y cuenta toda la verdad.

—Pero eso te mezclará a ti en las muertes de esos hombres que él pagaba. ¿Has pensado en eso?

Farrell se encogió de hombros.

—Por lo que a Haines atañe, sólo podrá hablarles de la muerte de uno... y yo me ocuparé de que entierren el asunto tan deprisa que ni tendrán tiempo a parpadear.

—Pero tú estarás a mi lado cuando lleguen, ¿no es así, Dan? El

sacudió la cabeza.

—No, habrás de arreglarte sola con la policía, Cecily. Cuéntales todo... no te importe hablarles de mí, eso no le hará daño a nadie.

—Pero ¿dónde estarás tú? El sacudió la cabeza.

—Fuera... lejos... no sé. Cecily contuvo el aliento.

—¡Dan! ¿Quieres decir que te irás... que no volveré a verte?

—Eso es lo mejor que puedes hacer. Ya te he dicho la clase de tipo que soy, y aun así no sabes ni la mitad. Tuviste mala suerte también esta vez.

—¡Oh, no! No quiero perderte ahora. ¿No lo comprendes?

—Eres tú quien debe comprender. Y ahora, llama a la policía.

El hombre del diván se quejó de nuevo y rebulló. Sus ojos se abrieron con dificultad y al fin enfocó la mirada sobre la que, todavía, y a pesar de todo, era su mujer.

Cecily barbotó:

—¡Miserable!

—Cecily...

Entonces vio a Farrell y dio un respingo.

—¡Usted...!

—El teléfono, nene. Yo vigilaré a esta piltrafa entre tanto.

—¡Un médico, Cecily! —balbuceó Haines—. ¡Tienes que llamar a un médico...!

Ella le volvió la espalda y descolgó el teléfono. Farrell esperó a que Haines oyera las primeras palabras de la mujer hablando con la policía, y luego, casi con indiferencia, descargó un mazazo contra la sien de Haines y éste volvió a quedar inconsciente.

Cecily seguía hablando pegada al teléfono. Farrell la contempló unos instantes sin poder explicarse el extraño cúmulo de emociones que le turbaban.

Luego, en silencio, retrocedió hacia la puerta y desapareció.

Cecily colgó el teléfono. Estaba muy pálida y durante unos breves instantes permaneció inmóvil, apoyada en la mesa, tratando de calmarse.

Al fin, dio la vuelta y miró en torno. Lanzó un grito al descubrir que Farrell había desaparecido y corrió enloquecida hacia la salida.

La puerta exterior estaba abierta. Su bólico deportivo seguía allí y el jardín era un lago de sombras, pero de él, del hombre que amaba, ya no había el menor rastro.

CAPÍTULO XII

La voz del teléfono restallaba, seca, cómo latigazos. Farrell hizo una mueca. Apenas prestaba atención a la cata rata de impropiedades que resbalaban por su oído.

Cuando la voz calló, él dijo:

—Usted puede parar las actuaciones de la policía. Sólo tiene que marcar un número en ese maldito teléfono. Eso es todo lo que le pido que haga.

La voz chirrió:

—¿Y por qué habría de hacerlo, para ahorrarle a usted quebraderos de cabeza?

—Usted sabe por qué. Porque si me interrogan puedo hablar hasta quedarme ronco. Y habrán reporteros delante, y columnistas de los periódicos.

—Eso suena a amenaza, Farrell. Fastidiado, éste gruñó:

—No me importa cómo lo interprete usted, señor. Puede parar a la policía, o puede dejarme en la estacada. Allá usted, a mí no me importa. Ahora pienso que no debiera haberle llamado.

—¡Espere un minuto!

—No tengo nada más que discutir.

—¡Eso cree usted! Puedo hacer que le...

—No lo diga —masculló Farrell, interrumpiéndole de mal talante—. Usted puede hacer muchas cosas. Yo puedo hacer otras, y tanto lo que hagamos usted como yo será rastrero, sucio y canallesco. Usted, porque así es como piensa, y yo porque es así como me adiestraron, pero todo esto no nos llevará a ninguna parte práctica. Siento haberle sacado de la cama... señor.

—¡Espere, maldita sea!

Farrell colgó. Salió de la cabina y encendió un cigarrillo, parado

en la desierta calle.

Sentía un profundo cansancio. Un agotamiento que no era sólo físico. Era como si tuviera cansada hasta el alma.

Echó a andar, una sombra más entre las sombras de esa noche que parecía no terminar nunca. Quince minutos más tarde abrió la puerta de un apartamento en lo alto de un edificio impersonal.

El apartamento era pequeño y tan impersonal como el propio edificio. Había sido alquilado hacía mucho tiempo, con otro nombre, y sólo paraba en él las cortas temporadas que pasaba en la ciudad.

Se quitó las ropas y tomó una larga ducha. Luego, se vistió con ropas oscuras y del fondo de un armario sacó una funda de cuero que sujetó al cinturón, sobre su cadera izquierda.

Examinó con sumo cuidado una pesada pistola Magnum. Los grandes proyectiles blindados eran capaces de atravesar una pared.

La enfundó. Parecía no pensar en nada, como si obrara rutinariamente, en un ejercicio ensayado millares de veces.

Quizá, en cierta manera, fuera así.

No obstante, eran los prolegómenos de otra pesadilla de muerte y él lo sabía, porque nadie mejor que él conocía a la clase de hombres que pagaban por su muerte, y a los que tenía que matar.

Con la misma expresión sombría de un condenado a muerte dirigiéndose a la horca, salió del apartamento y volvió a la calle.

* * *

Era una casa de buen ver, en un barrio residencial, rodeada de un jardín grande y bien cuidado. A pesar de la hora, próxima al amanecer, había luz en una ventana.

En el jardín destacaban las sombras de los macizos de vegetación, las manchas de las flores y las negras siluetas de los árboles.

Había en la calle altos faroles que disipaban las tinieblas. También árboles. Y otros jardines, y coches aparcados junto a las aceras.

Todo estaba quieto y silencioso. Nada se movía, ni siquiera las sombras de los árboles. Aquella casa era la única que tenía una luz encendida.

Fundido en las sombras del jardín de la casa vecina, Farrell pensó que aquello era un error de alguien. O quizá fuera algo más, algo que confirmaba un hecho que él había provocado.

Le invadió un sentimiento de amargura, porque si era así la cosa significaba que alguien había firmado su propia sentencia de muerte.

Avanzó con extremada cautela. No provocó el menor ruido, moviéndose como una sombra más de las que le envolvían. Si estaba acertado en sus sospechas, aquel jardín era ni más ni menos que una trampa mortal.

Pocos minutos después comprobó que no se había equivocado. Frente a él, agazapado junto a un seto, había un hombre vigilando el sendero de entrada. Tenía una gran pistola en la mano. Una pistola equipada con un largo silenciador.

Farrell contuvo el aliento. Ahora sabía que le esperaban, que alguien les había advertido y que tanto el jardín como la casa estaban destinados a convertirse en su tumba.

La amargura dejó paso a la ira. Una cólera sorda que deslizó una corriente de hielo por sus nervios. Se mantuvo tan inmóvil como el hombre que acechaba, calmándose a duras penas. Tardó varios minutos antes de volver a moverse con más cautela que antes.

El hombre apostado rebulló cambiando de postura. Era un individuo de mediana estatura, corpulento. Estaba nervioso y la inmovilidad no contribuía a calmarlo.

Farrell llegó a un paso de él sin que le descubriera. Lento, siniestro en su implacable determinación. No empuñó la Magnum. Volteó el brazo y descargó un hachazo con la mano rígida contra la nuca del hombre. Sonó un pavoroso chasquido cuando las vértebras se rompieron bajo el terrible impacto, y luego el vigilante se desplomó de bruces. Un sordo ronquido brotó de su garganta. Eso fue todo. Estaba muerto antes de pegar de cara contra el césped.

Farrell tanteó el suelo hasta encontrar la pistola que había escapado de la mano de su víctima. Al erguirse escuchó un leve roce a su derecha y se inmovilizó de nuevo, agazapado como un tigre en la selva.

Alguien se aproximaba con extremada cautela. Una voz preguntó en castellano:

—¿Estás ahí, Emilio?

Farrell replicó en el mismo idioma:

—Sí.

Las voces habían sido apenas un susurro. El otro vigilante se movió con más seguridad.

Éste acunaba una metralleta en sus manos. Farrell levantó la pistola y apretó el gatillo.

El silenciador ahogó el estampido, pero la pesada bala reventó la cabeza del hombre lo mismo que si hubiera explotado una granada. No lanzó ni un grito y cayó dando tumbos.

Farrell rechinaba los dientes cuando se apoderó de la metralleta. No sabía si habrían más vigilantes, pero ahora ya no le importaban en absoluto. La furia que le dominaba era como una marea que anegara todo sentimiento humano.

Caminó hacia la casa abiertamente, llegó junto a la ventana iluminada y atisbé el interior.

Vio a tres hombres sentados en sendas butacas. Dos tenían vasos en las manos y no los había visto nunca. Pero el tercero era un viejo conocido.

No se dio cuenta siquiera de la mueca que puso al descubierto sus dientes, como los de un lobo en la oscuridad. Ya no le cupo la menor duda de que estaban esperándole.

Fue hacia la puerta y probó a abrirla. No estaba cerrada con llave y giró ante él sin un ruido. Confiaban en los vigilantes, de modo que no adoptaban tantas precauciones como si hubieran estado solos.

Farrell entró pisando como un gato. Abrió la puerta de la habitación iluminada y se plantó en el umbral paseando la mirada por los tres hombres que se habían quedado petrificados de estupor.

El chato cañón de la metralleta osciló de uno al otro, como eligiendo la primera víctima. Farrell gruñó:

—Si se mueven, les parto por la mitad, coronel Gosálvez.

El aludido bizeó, asustado. Los otros no movieron un músculo. El entró y cerró la puerta, colocándose a un lado de ella para evitar sorpresas.

—De modo que estaban esperándome con un amable comité de recepción allá fuera... El hombre que no bebía balbuceó:

—¿Qué ha sido de los dos centinelas?

—Han muerto. No eran demasiado eficientes para ese trabajo.

Los otros dos no podían apartar tampoco la mirada del intruso. Uno logró encontrar un hilo de voz y jadeó:

—¿Es él?

Gosálvez, el hombre rechoncho que hablara antes, dijo:

—Sí.

Hubo otro silencio. Farrell parecía complacerse con el pánico que de repente se había reflejado en las caras de aquellos hombres.

Farrell lo rompió. Dijo:

—La inquietud de esos esbirros explica que debieran recurrir a contratar asesinos profesionales. O quizá lo hicieron por prudencia, por si fallaban no verse envueltos en un escándalo. ¿Fue por eso, coronel?

El aludido se encogió de hombros.

—No creo que sea demasiado importante ahora saber eso. ¿Cuál es su idea, Farrell?

—No debería preguntarlo. Es obvio, incluso para usted.

—¿Matarnos?

—Si no lo hago, ustedes me matarán a mí, o con otros asalariados, o con asesinos de los que en su país llevan uniforme. No tengo opción.

—¿Y luego?

El coronel recobraba poco a poco la serenidad. No así sus acompañantes, que estaban lívidos y aterrorados.

—¿Qué quiere decir?

—Nos habrá eliminado a nosotros, Farrell, pero no podrá eliminar la sentencia de muerte.

—Eso es cuenta mía. Supongo que se refiere al retorcido caballero que les ha advertido de que yo venía hacia aquí. ¿No es cierto?

—¿Alguien nos advirtió?

Farrell sonrió de un modo que daba grima.

—Coronel, esta noche llamé por teléfono a mi ex-jefe.

Le conté brevemente lo que estaba pasando y lo que iba a pasar tan pronto yo les echara la vista encima a todos ustedes. Al mismo tiempo le pedí que quitara a la policía de mi camino... Eso seguro que lo hará para evitar implicaciones políticas. Pero también hizo algo más... Vio la oportunidad de librarse de mí sin complicaciones

para su organización y les llamó. Ustedes sólo tenían que esperar a que yo llegara, liquidarme y tras esto podrían regresar a su país con la satisfacción del deber cumplido. ¿Me equivoco?

—¿Espera realmente una confirmación a su teoría?

—No, ciertamente no la necesito.

—Entonces, ¿qué va a hacer?

—De momento, conocer a sus amigos. Preséntelos, coronel.

Tras una vacilación, el aludido señaló al más aterrado de los otros dos:

—El señor Panero, primer consejero de nuestra embajada en Washington.

—Está muy lejos de su embajada, ¿no cree? Ahora el otro, por favor.

—Se llama José Miguel Soto. No tiene nada que ver con todo esto... sólo estaba de paso y vino a saludarnos. Es... es un hombre de negocios.

El rostro de Farrell se había contraído al oír el nombre. Incluso palideció.

—Don José Miguel Soto —rechinó entre dientes—. Un hombre de negocios... Negocios de sangre, diría yo. Oí hablar de él en su país, coronel. Me dijeron que era la mano derecha del jefe supremo de lo que ustedes llaman Guardias de la Seguridad.

—Ya veo...

—Yo los llamaría de otra manera, pero eso, ya, no importa a estas alturas.

—¿Y ahora que ya nos conoce a todos?

—Ahora organizaremos el funeral. Aunque no vista usted de uniforme estoy seguro de que está armado, coronel, así que saque su arma y deposítela sobre esta mesa... pero de espaldas a mí. Si tiene alguna idea ingeniosa piense en la metralleta que tengo en las manos.

Tras una vacilación, el coronel obedeció. Dio la espalda a Farrell, sacó un revólver y lo dejó suavemente sobre la mesa.

Farrell gruñó:

—Apártese a un lado. Cada uno de ustedes, pero por turno, hagan lo mismo. Uno a uno, caballeros...

El diplomático balbuceó:

—Yo... yo no llevo armas...

—Claro, ¿para qué quiere una pistola el primer secretario de embajada? Siga sentado.

Le toca a usted, señor Soto.

El aludido dijo entre dientes:

—Serla mejor para usted hacer un trato que fuera satisfactorio para las dos partes, Farrell. Hay mucho dinero en juego si es razonable.

—Qué cosas... Levántese, póngase de espaldas a mí y deposite su artillería en la mesa. Rechinando los dientes, el hombre obedeció. Luego regresó a su butaca y se hundió en ella bruscamente.

Farrell se aproximó a la mesa. Contempló el revólver Colt 45 y la pesada automática. Dejó escapar un gruñido y se apoderó de la pistola. El revólver quedó donde estaba.

Los tres hombres miraron el arma igual que fascinados, incrédulos de que fuera abandonada allí.

Farrell volvió a instalarse al lado de la puerta cerrada.

El coronel Gosálvez no pudo contenerse por más tiempo y exclamó:

—¡Bueno! ¿Y ahora qué, Farrell?

—Ahora, coronel, usted va a convertirse en asesino.

CAPÍTULO XIII

¿Está usted loco, Farrell? No comprendo qué se propone, pero sea lo que sea no haré nada para secundar sus propósitos.

—Usted hará lo que yo le diga si quiere seguir vivo, es así de sencillo. El coronel le miraba estupefacto.

—¿Quiere decir que piensa dejarme vivo, después de que mate a mis compatriotas?

—Usted va a matarlos, coronel.

—¿Yo?

—A sangre fría. La muerte, en su país, no es nada que asombre a hombres de su ralea, pero imagino que una cosa es ordenar a sus esbirros que asesinen a mansalva y otra muy distinta hacerlo por su propia mano. Bueno, eso es lo que va usted a hacer.

—¡Nunca! Estos hombres son mis amigos.

—De acuerdo, coronel. En ese caso usted morirá con ellos.

El siniestro cañón de la metralleta se elevó lo justo para apuntar al pecho del coronel. Pequeñas gotas de sudor helado aparecieron en su frente mientras los otros dos contenían el aliento.

Farrell tensó el dedo sobre el gatillo. Un movimiento apenas perceptible. Pero todos lo advirtieron, como advirtieron la implacable determinación en su mirada sombría.

—¡Espere! —chilló el coronel.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—¡Lo haré, maldito sea!

Se precipitó hacia la mesa donde estaba su revólver.

Soto gritó algo, lleno de ira y de pánico. El secretario de la embajada hundió la mano bajo la chaqueta. Cuando la sacó empuñaba una pequeña automática.

El coronel giró con el revólver en la mano. La automática de su

compatriota le buscó y todo se convirtió en un torbellino.

El coronel disparó primero, sin pensar, de un modo puramente instintivo. El poderoso revólver tronó en la estancia y el asustado secretario dio un brinco fuera de la butaca.

Antes que cayera al suelo, Soto se puso en pie de un salto. Recibió una bala en el estómago y se dobló, aullando. El coronel era una imagen de pesadilla. Parecía alucinado, como si de repente se hubiera vuelto loco.

Tiró del gatillo una vez más y Soto giró como una peonza, tropezó con la butaca en que estuviera sentado y cayó de bruces.

De la garganta del coronel brotaba una suerte de quejido bronco y todo él temblaba, mirando a los muertos con ojos que parecían a punto de salirse de las órbitas.

Farrell gruñó:

—Suelte el revólver ahora.

Le miró sin verle. Sus dedos se abrieron y el arma rebotó en el suelo. Farrell abrió la puerta. Antes de salir, dijo:

—Hable usted más de la cuenta y todos los periódicos de este país publicarán lo sucedido, coronel. Eso desencadenará un escándalo de tal magnitud que ni usted ni sus superiores pueden permitirse...

Gosálvez no parecía oírle. Parecía alhelado, con la mirada desorbitada fija en los hombres tirados en el suelo. Empezó a apartarse de ellos poco a poco, moviendo los labios sin que ningún sonido brotara de ellos.

Cuando se desplomó en una butaca, Farrell había desaparecido. Cubriéndose la cara con las manos empezó a gimotear.

* * *

El último policía abandonó la casa. Cecily oyó el coche cómo se alejaba y cerró los ojos. Se sintió inmensamente sola.

Había sido una pesadilla que nunca podría olvidar, pero ya había terminado y ahora estaba sola.

Siempre estaría sola porque él se había marchado.

La luz del sol entró por el ventanal llenando la estancia de calor dorado. Una lágrima se abrió paso por entre sus párpados cerrados y la mujer, desamparada y sola, no hizo nada por contener

el llanto.

Hubiera podido seguir así una eternidad si la voz suave, un poco ronca, profunda, no hubiera dicho:

—Estás llorando...

Parpadeó y contra el reflejo del sol vio la alta, oscura silueta del hombre.

—¡Dan!

Fue a levantarse y descubrió que las piernas le temblaban. El tendió las manos y la sujetó, sosteniéndola casi en vilo.

—Yo también me encontraba solo —dijo.

—¡Has vuelto...!

Se miraron un largo instante. Como en trance ella susurró...

—Te quiero... ¡Dios, cómo te quiero!

Sus labios se encontraron al fin. Un beso profundo, casi doloroso. Después, él la tomó en brazos, levantándola como a una niña sin que la mujer renunciara al beso. El hombre echó a nadar hacia las escaleras, hacia el amor, hacia la vida.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.